

EL MANIFIESTO COMUNISTA

Carlos Marx / Federico Engels

Prólogo de Alan Woods

Fundación Federico Engels

EL MANIFIESTO COMUNISTA

Carlos Marx y Federico Engels

Traducción: Grupo de Traductores de la Fundación Federico Engels

© Fundación Federico Engels

Primera edición: julio de 1996

Segunda edición: julio de 1997

Tercera edición: enero de 2002

Cuarta edición: julio de 2004

Reimpresión: mayo de 2009

*Este libro se ha editado en el marco
del acuerdo de colaboración entre
la Fundación Federico Engels
y el Sindicato de Estudiantes*

ISBN: 978-84-921832-0-3

Depósito Legal: M-31778-2004

Publicado y distribuido por:

Fundación Federico Engels

C/ Hermanos del Moral 33, bajo B. 28019 Madrid

Telf.: 914 283 870

www.engels.org • fundacion_federico@engels.org

ÍNDICE

Prólogo	7
EL MANIFIESTO COMUNISTA	25
I. Burgueses y proletarios	27
II. Proletarios y comunistas	41
III. Literatura socialista y comunista	51
1. El socialismo reaccionario	51
a) El socialismo feudal	51
b) El socialismo pequeñoburgués	53
c) El socialismo alemán o socialismo “verdadero” ..	55
2. El socialismo conservador o burgués	58
3. El socialismo y el comunismo crítico-utópicos	59
IV. Actitud de los comunistas respecto a los diferentes partidos de oposición	63

APÉNDICE

I. Prefacio a la edición alemana de 1872	67
II. Prefacio a la edición alemana de 1883	69
III. Prefacio a la edición inglesa de 1888	71
IV. Prefacio a la edición alemana de 1890	78
V. Prefacio a la edición polaca de 1892	84
VI. Prefacio a la edición italiana de 1893	87

PRÓLOGO

Estimado lector, tienes en tus manos uno de los documentos más importantes en la historia del mundo. A primera vista, parece que la publicación de una nueva edición del *Manifiesto* exige una explicación. ¿Cómo se puede justificar la reedición de un libro escrito hace casi 150 años? Si echamos un vistazo a cualquier libro burgués escrito hace un siglo y medio sobre los mismos temas, nos daremos cuenta rápidamente de que ese libro no tendrá más que un mero interés histórico, sin aplicación práctica alguna. No obstante, el libro que nos ocupa es el documento más moderno que existe.

He aquí un análisis profundo que, en muy pocas palabras, explica todos los fenómenos más fundamentales de la situación actual a nivel mundial. *El Manifiesto Comunista* es incluso más verdad hoy que cuando apareció, en 1847. Pongamos sólo un ejemplo. En el período en que Marx y Engels escribían, el capitalismo de los grandes monopolios se encontraba muy lejano en el futuro. No obstante, explicaron cómo la “libre empresa” y la competencia inevitablemente conducirían a la concentración del capital y a la monopolización de las fuerzas productivas. Resulta francamente divertido leer las afirmaciones de los defensores del capitalismo en el sentido de que Marx se equivocó en esta cuestión, cuando fue éste precisamente uno de sus aciertos más brillantes e innegables.

En la década de 1980 se puso de moda el lema “lo pequeño es bello” (*small is beautiful*). Sin entrar en un debate sobre la estética de lo pequeño, lo grande o lo mediano (algo sobre lo que cada cual es perfectamente libre de opinar), es un hecho absolutamente indiscutible que el proceso de concentración del capital previsto por Marx ha tenido lugar, está teniendo lugar y, de hecho, ha alcanzado unos niveles sin precedentes en los últimos diez años.

Esta concentración del capital no significa un aumento de la producción, sino todo lo contrario. En EEUU, donde se ve el proceso de una forma particularmente clara, 500 grandes monopolios controlaban el 92% de los ingresos totales en 1994. A escala

mundial, las mil mayores compañías tenían ingresos por valor de 8 billones de dólares, lo que equivale a una tercera parte de los ingresos mundiales. En EEUU, el 0,5% de los hogares más ricos posee la mitad de los activos financieros en manos de individuos. El 1% más rico de la población estadounidense aumentó su porcentaje de la riqueza nacional del 17,6%, en 1978, a un asombroso 36,3%, en 1989.

El proceso de centralización y concentración de capital ha llegado a proporciones nunca vistas. El número de adquisiciones ha llegado a niveles pasmosos en todos los países capitalistas avanzados. En 1995 se batieron todas las marcas en fusiones y OPAs. El Mitsubishi Bank y el Bank of Tokyo se fusionaron creando el mayor banco del mundo. La unión del Chase Manhattan y el Chemical Bank creó el mayor grupo bancario de América, con activos por valor de 297.000 millones de dólares. La mayor compañía de entretenimiento del mundo fue creada con la compra de Capital Cities/ABC por parte de Walt Disney. Westinghouse compró la CBS, y la Time Warner compró Turner Broadcasting Systems. En el sector farmacéutico, Glaxo compró Wellcome. La adquisición de Scott Paper por parte de Kimberly-Clark creó el mayor fabricante del mundo de pañuelos de papel. Sólo en las últimas semanas hemos visto la OPA agresiva de Forte, el mayor grupo hotelero de Gran Bretaña, sobre su rival, el imperio del ocio y de restaurantes Granada, por la suma de 5.100 millones de dólares. Incluso Suiza presenció su primera OPA agresiva, sobre Holvis, el grupo papelerero. En casi todos los casos, la intención no es invertir en nuevas plantas y maquinaria, sino al contrario, cerrar empresas enteras y despedir trabajadores para aumentar los márgenes de beneficios sin aumentar la producción.

Sería muy fácil dar más cifras que demuestran sin lugar a dudas el proceso de concentración del capital definido por Marx y Engels.

LA LACRA DEL PARO

“Es, pues, evidente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de existencia

de su clase. No es capaz de dominar porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarlo decaer hasta el punto de tener que mantenerlo, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede seguir viviendo bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad" (*El Manifiesto Comunista*).

Contrariamente a las ilusiones de los políticos reformistas, el paro masivo ha vuelto a extenderse por todo el mundo como una mancha de aceite. Según cifras oficiales de la ONU, el paro mundial alcanza a 120 millones de personas. Esta cifra, como todas las cifras oficiales del paro, representa una importante infravaloración de la auténtica situación. Si incluyéramos el gran número de personas que trabajan en sectores marginales, la auténtica cifra del paro mundial no bajaría de 850 millones en estos momentos.

Tan sólo en Europa Occidental, según las cifras oficiales, hay cerca de 18 millones de parados, el 10,6% de la población activa. La cifra para España es un espeluznante 23%. Pero incluso en Alemania, el país "fuerte" de Europa, el desempleo ha superado los 4 millones por primera vez desde Hitler. También en Japón, por primera vez desde los años 30, el paro ha vuelto a dispararse. La imagen de Japón como el paraíso del pleno empleo ha pasado a la historia. Según las cifras oficiales, hay un 3% de paro. Esto es falso. Si se utilizasen los mismos criterios de cálculo que en EEUU, la cifra sería de un 8%, como mínimo.

Este paro no es el paro cíclico, sobradamente conocido por los obreros en el pasado, que aumentaba en una recesión y desaparecía en cuanto se recuperaba la economía. Ya estamos en el quinto año de boom en EEUU, y el paro mundial no da muestras de disminuir o, por lo menos, no de manera significativa. Todos los días se anuncian nuevas oleadas de recortes de plantillas y despidos. Es más, este paro afecta a sectores que jamás habían sido afectados en el pasado: profesores, médicos, enfermeras, funcionarios públicos, empleados de banca, científicos e incluso directivos. El ambiente de inseguridad se generaliza en todos los niveles de la sociedad.

Las palabras de Marx y Engels anteriormente citadas son literalmente ciertas. En todos los países, la burguesía pone el grito en el cielo: "¡Hay que recortar el gasto público!". Este es el lema del

gobierno Aznar, pero no sólo de él. Las ansias de reducir los gastos públicos son el rasgo común de todos los gobiernos del mundo, sean de derechas, de “izquierdas” o de lo que sean. Esto no se debe a los caprichos individuales de los políticos de turno, sino que es una expresión gráfica de la crisis del capitalismo.

En el último período —el largo período de auge capitalista desde 1948 a 1973— la burguesía logró, de una forma parcial y temporal, superar las dos contradicciones fundamentales de su sistema: la propiedad privada y el estado nacional. Esto lo hizo, por un lado, mediante la aplicación de métodos keynesianos (capitalismo de Estado) y por el otro, con la participación en el comercio mundial. Pero ahora todo esto se ha acabado. El viejo modelo ha llegado a sus límites.

SOCIALISMO E INTERNACIONALISMO

En los últimos años, los economistas burgueses hablan mucho del fenómeno de la “globalización de la economía mundial”, imaginando que han descubierto algo nuevo. En la práctica, fueron Marx y Engels quienes explicaron en el *Manifiesto* cómo el capitalismo se desarrolla como un sistema mundial. Hoy por hoy, su análisis ha sido brillantemente confirmado.

En el momento actual nadie puede negar la dominación aplastante de la economía mundial. Este es el aspecto más decisivo de la época en que vivimos. Esta es la época del mercado mundial, de la política mundial, de la cultura mundial, de la diplomacia mundial y, también, de la guerra mundial. Ya hemos sufrido dos de éstas como consecuencia de las crisis del capitalismo. La segunda costó 55 millones de muertos y casi llegó a la destrucción de la civilización humana.

El socialismo es internacional, o no es nada. Pero el internacionalismo proletario no es producto del sentimentalismo. No es sólo “una buena idea”. Surge del análisis científico de Marx y Engels, que explica cómo la creación del estado nacional, una de las conquistas históricamente progresistas de la burguesía, conduce inevitablemente a un sistema de comercio internacional. El tremendo desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo no se puede contener dentro de los estrechos límites del estado

nacional y, por tanto, todas las potencias capitalistas, incluso las más grandes, se ven obligadas a participar cada vez más en el mercado mundial.

La contradicción entre el enorme potencial de las fuerzas productivas y la agobiante camisa de fuerza del estado nacional se puso de manifiesto, de una forma dramática, en 1914 y en 1939. Estas convulsiones sangrientas demostraron que el sistema capitalista, desde un punto de vista histórico, ya había agotado su misión progresista. Pero, para llevar a cabo la transformación de un sistema socioeconómico a otro superior, no es suficiente que el viejo mundo esté en crisis. Por mucha crisis que haya, también existen poderosos intereses que obtienen sus ingresos, privilegios y prestigio de las actuales relaciones de propiedad, y que se resisten con uñas y dientes a todo intento de cambiar la sociedad. Por eso, Marx y Engels no escribieron un documento abstracto, sino un *Manifiesto*, una llamada a la acción, y no un libro de texto; el lanzamiento de un partido revolucionario, y no un club de discusión.

Para derrocar el capitalismo es necesario que los trabajadores se organicen como clase en defensa de sus intereses de clase. Durante muchas décadas, los obreros de todos los países, pero sobre todo los de los países capitalistas avanzados, han creado poderosos partidos y sindicatos. Pero estas organizaciones no existen en el vacío. Están sometidas a las presiones del capitalismo, que pesan especialmente sobre las direcciones.

Los dos obstáculos fundamentales que impiden el desarrollo de las fuerzas productivas en la época actual son la propiedad privada y el estado nacional. Un nuevo avance de la civilización humana exige por la eliminación de estos obstáculos y la implantación de un nuevo sistema de producción basado en la planificación racional, científica y democrática a nivel mundial.

La bancarrota del nacionalismo en general y de aquella monstruosa aberración del mal llamado “socialismo en un solo país” en particular, quedó patente con el colapso del estalinismo e incluso antes, con la participación de las burocracias rusa y china en el mercado mundial. Todos los países de Africa, Asia y América Latina, que ganaron su independencia cuando el imperialismo perdió el control directo sobre ellos, ahora se ven nuevamente subordinados a sus viejos amos mediante el mecanismo del mercado mundial, que les ata de pies y manos.

El libre desarrollo de las fuerzas productivas exige la unificación de las economías de todos los países en un plan común que permita la explotación armónica de los recursos del planeta en beneficio de todos. Esto es tan evidente que incluso lo reconocen científicos y expertos que nada tienen que ver con el socialismo, pero que están indignados por la pesadilla que vive dos tercios de la humanidad y preocupados por los efectos de la destrucción del medio ambiente. Pero sus recomendaciones bienintencionadas caen en saco roto, puesto que chocan con los intereses de las grandes multinacionales, que dominan la economía mundial y cuyos cálculos no están basados en el bienestar de la humanidad o el futuro del planeta, sino exclusivamente en la avaricia y en la búsqueda de ganancias donde sea y como sea.

En la última década del siglo XX, cuando tanto se habla de “globalización”, las contradicciones nacionales son más fuertes que nunca. Hace 10 años, EEUU sólo exportaba el equivalente al 6% de su producto interior bruto. Ahora la cifra es del 13%, y tiene planes de aumentarlo al 20% para el año 2000. Esto es una declaración de guerra comercial contra el resto del mundo, empezando por Japón. De hecho, las tensiones entre EEUU y Japón han llegado a un extremo que, en otro momento, ya hubiera provocado una guerra. Pero la existencia de armas nucleares significa que una guerra entre las superpotencias, hoy por hoy, está descartada. Una salida como la de 1914 y 1939, por lo menos por ahora, es imposible. En ausencia de una solución externa, las contradicciones internas tienden a agravarse cada vez más. La clase dominante no ve otra opción que poner toda el peso de la crisis sobre las espaldas de la clase trabajadora.

Los autores del *Manifiesto*, con increíble clarividencia, anticiparon la situación que padece actualmente la clase trabajadora en todos los países cuando escribieron:

“El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter propio, y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Éste se convierte en un simple apéndice de la máquina, y sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Por tanto, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de subsistencia indispensables para vivir y para perpetuar su linaje. Pero el precio de todo trabajo, como el

de toda mercancía, es igual a los gastos de producción. Por consiguiente, cuanto más fastidioso resulta el trabajo, más bajan los salarios. Más aún, cuanto más se desarrollan la maquinaria y la división del trabajo, más aumenta la cantidad de trabajo, bien mediante la prolongación de la jornada, bien por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, la aceleración del ritmo de las máquinas, etc.”.

EEUU ocupa hoy el mismo lugar que en los tiempos de Marx y Engels ocupaba Gran Bretaña: el país capitalista más desarrollado. Es por esto que las tendencias generales del capitalismo se expresan ahí de una manera más nítida. En los últimos 20 años se ha dado una caída del 20% en los salarios reales de los obreros de EEUU, acompañada de un aumento del 10% en la jornada laboral.

Así, pues, el auge económico del último período ha ido acompañado, y en gran parte ha sido consecuencia, de un enorme aumento de la explotación de los trabajadores. El obrero de EEUU trabaja actualmente una media de 168 horas extras al año, lo que corresponde a casi un mes de trabajo adicional al año. Este es especialmente el caso en la industria del automóvil, donde la jornada laboral de nueve horas seis días a la semana es la norma (de hecho, según el sindicato de trabajadores del automóvil, si sólo en este sector se limitase la semana laboral a 40 horas, se crearían 59.000 puestos de trabajo).

Según un artículo de la revista *Time* del 24 de octubre de 1994: “Los obreros se quejan de que, para ellos, expansión significa agotamiento. En toda la industria americana, las empresas están utilizando las horas extras para exprimir al máximo la fuerza laboral de EEUU: la semana laboral media actualmente se acerca a un récord de 42 horas, incluyendo 4,6 horas extras.” En el mismo artículo se cita el caso de Joseph Kelterborn, instalador de redes de fibra óptica que, debido a la reducción de personal, trabaja una media de 4 horas extras al día y un fin de semana de cada tres: “Cuando llego a casa”, se queja, “de lo único que tengo tiempo es a darme una ducha, cenar y dormir un poco; al cabo de un rato ya es hora de levantarse y volver a empezar de nuevo”.

Las enormes presiones provocadas por el aumento de las horas de trabajo, la caída de los ingresos reales, el aumento de los ritmos, etc., han tenido serios efectos en la calidad de vida de las familias obreras. En EEUU, al igual que en otros países, la tasa de

natalidad cayó, pasando de una media de 2,5 hijos por familia, a principios de la década de los 60, a 1,8 a finales de la de los 80. Los divorcios se duplicaron durante los años 70, llegando a representar el 60% de los matrimonios en los 80. Incluso la esperanza de vida, que había aumentado hasta 1980, se ha estancado.

La misma situación existe en Gran Bretaña, donde se han destruido dos millones y medio de puestos de trabajo en el sector industrial en la década de 1980 y, no obstante, se ha mantenido el mismo nivel de producción que en 1979. Esto se ha logrado no mediante la introducción de nueva maquinaria, sino mediante la sobreexplotación de los obreros británicos. Keneth Calman, el Director General de la Salud británico, advertía en 1995 que “la pérdida del puesto de trabajo para toda la vida ha desencadenado una epidemia de enfermedades relacionadas con el estrés”.

En 1994 se perdieron 175 millones de jornadas laborales por enfermedad en Gran Bretaña, casi ocho días de trabajo por trabajador. El número de recetas médicas aumentó en 11,7 millones el año pasado. “El estrés, la congestión del tráfico y la polución están matando a los conductores profesionales británicos”, declara *Record*, el periódico del sindicato del transporte TGWU. En un estudio de este sindicato, el 30% de los conductores confesaron haberse dormido al volante, y casi el 45% de ellos habían tenido accidentes como resultado. Se podrían dar ejemplos parecidos en relación a cualquier otro país capitalista.

EL MÉTODO DE MARX

Los asombrosos aciertos del *Manifiesto* no son una casualidad. Se deben al método científico del marxismo —el materialismo dialéctico, o, en su aplicación concreta a la historia, el materialismo histórico—. Las bases de la teoría marxista de la historia ya estaban sentadas en escritos anteriores como *La Sagrada Familia* y *La ideología alemana*.

Es necesario recordar que el socialismo y el comunismo no empiezan con Marx y Engels. Había grandes pensadores antes que ellos que defendían la idea de una sociedad sin clases, basada en la propiedad común: Robert Owen, Fourier, Saint Simon. Ya en el siglo XVI, Tomas Moro escribió su libro *Utopía*, descri-

biendo una sociedad comunista. Incluso antes, los primeros cristianos se organizaron en comunidades donde la propiedad privada estaba radicalmente abolida, como se puede constatar en los *Actos de los Apóstoles*.

Marx y Engels calificaron a todas estas tendencias como *socialismo utópico*, mientras que lo que ellos defendían era el *socialismo científico*. ¿En qué consistía la diferencia? Para los utópicos, el socialismo era tan solo una buena idea, algo moralmente deseable que había que predicar a los hombres. Desde este punto de vista, si hubieran tenido razón, este sistema de sociedad podría haberse puesto en marcha hace dos mil años, ¡con lo cual la humanidad se hubiera ahorrado bastantes molestias!

Por primera vez, Marx y Engels explicaron que el socialismo tiene *una base material*, que consiste en el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas —la industria, la agricultura, la ciencia, la tecnología—. El materialismo histórico explica cómo el desarrollo histórico se basa *en última instancia* en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Esta afirmación ha sido frecuentemente distorsionada por los enemigos del marxismo, que aseguran que Marx y Engels “reducen todo a lo económico”. Los autores del *Manifiesto* contestaron repetidas veces a esta burda caricatura, como se ve en la célebre carta de Engels a Bloch:

“Según la concepción materialista de la historia, el elemento determinante de la historia es en última instancia la producción y la reproducción en la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto; por consiguiente, si alguien lo tergiversa transformándolo en la afirmación de que el elemento económico es el único determinante, lo transforma en una frase sin sentido, abstracta y absurda. La situación económica es la base, pero las diversas partes de la superestructura: las formas políticas de la lucha de clases y sus consecuencias, las constituciones establecidas por la clase victoriosa después de ganar la batalla, etc., las formas jurídicas, y, en consecuencia, inclusive los reflejos de todas esas luchas reales en los cerebros de los combatientes: teorías políticas, jurídicas, ideas religiosas y su desarrollo ulterior hasta convertirse en sistemas de dogmas, también ejercen su influencia sobre el curso de las luchas históricas y en muchos casos preponderan en la determinación de su forma”.

Es evidente que la religión, la política, la moralidad, la filosofía, etc., juegan un papel en el proceso histórico. No obstante, en última instancia, el éxito de un sistema socioeconómico depende de su capacidad de satisfacer las necesidades básicas de los seres humanos. Antes de poder desarrollar ideas religiosas, políticas o filosóficas, la gente necesita comer, vestirse y vivir en casas. Desde los primeros tiempos, los hombres y las mujeres han tenido que luchar para satisfacer estas necesidades y, para la aplastante mayoría de la humanidad, este sigue siendo el caso.

En un momento determinado, surge la división del trabajo, que coincide históricamente con la división de la sociedad en clases. Esto significa un gran paso adelante, por primera vez, que permite la creación de un excedente social y el surgimiento de una clase que está libre de la necesidad de trabajar, la clase dominante que vive del trabajo de otros: en la antigüedad, de los esclavos; después, bajo el feudalismo, de los siervos; y, por último, de los obreros asalariados bajo el capitalismo.

A pesar de todos los sufrimientos, vejaciones e injusticias del sistema clasista, no obstante, desde un punto de vista marxista, es decir, desde un punto de vista científico, y no moralista, todo esto sirvió para empujar la sociedad hacia adelante. Los logros más brillantes de la ciencia, del arte y de la filosofía de Grecia y Roma estaban basados en el trabajo de los esclavos, que los romanos llamaban "*instrumentum vocale*" —"una herramienta con voz" (la auténtica situación del obrero moderno no ha cambiado mucho)—. El excedente era suficiente para emancipar a una minoría de explotadores, pero no para emancipar a la mayoría, cuya esclavitud era la condición previa para la civilización, que surge del desarrollo de las fuerzas de producción.

Marx y Engels explican que una forma de sociedad puede sobrevivir en la medida en que desarrolla las fuerzas productivas, y no desaparece hasta que haya agotado toda el potencial que posee. En este sentido, un sistema socioeconómico dado se puede comparar a un organismo vivo. Nace, crece, entra en la plenitud de sus fuerzas y, después, llega a un punto culminante, donde empieza su declive, terminando en la muerte. He aquí una maravillosa ley que sirve para explicar el desarrollo no sólo del capitalismo, sino de la sociedad humana en general. Por primera vez, nos permite comprender la historia no como una cosa sin sentido,

como el producto del azar, ni la obra exclusiva de “grandes individuos,” sino como un proceso que tiene sus leyes y que puede ser comprendido, como cualquier área de la naturaleza.

De la misma manera que Carlos Darwin explicó que las especies no son inmutables, sino que tienen un pasado, un presente y un futuro, que cambian y evolucionan, Marx y Engels explican que un sistema socioeconómico no es algo fijo y para siempre. Esta es la ilusión de cada época. Cada sistema social cree que es la única forma posible de existencia para los seres humanos, que sus instituciones, su religión, su moralidad son la última palabra. Así pensaban los caníbales, los sacerdotes egipcios, María Antonieta y el zar Nicolás. Así piensan los burgueses y sus apologistas hoy, cuando nos aseguran, sin la menor base, que el mal llamado sistema de “libre empresa” es “el único posible,” justo en el momento en que está haciendo agua por todos lados.

REFORMA Y REVOLUCIÓN

Hoy por hoy, la idea de la “evolución” ha calado hondo, por lo menos en la conciencia de las personas educadas. Las ideas de Darwin, tan revolucionarias en su tiempo, están admitidas casi como un lugar común. Sin embargo, la evolución es en general entendida como un proceso lento y gradual, sin interrupciones ni saltos violentos. En política, semejantes argumentos se emplean a menudo para justificar el reformismo. Lamentablemente, están basados en un malentendido. El auténtico mecanismo de la evolución sigue siendo un libro cerrado a cal y canto para la gran mayoría. Esto no es sorprendente, porque el propio Darwin no lo entendió. Tan sólo en la última década, con los nuevos descubrimientos de la paleontología llevados a cabo por Stephen J. Gould, autor de la teoría del *equilibrio interrumpido*, se ha demostrado que la evolución no es un proceso gradual. Hay largos períodos en que no se observan grandes cambios, pero, en un momento dado, la línea de la evolución queda rota por una explosión, una verdadera revolución biológica caracterizada por la extinción de algunas especies y el ascenso rápido de otras.

La investigación más superficial de la historia revelará inmediatamente la falsedad de la interpretación gradualista. La socie-

dad, al igual que la naturaleza, conoce largos períodos de cambio lento y gradual, pero también aquí la línea está interrumpida por momentos explosivos, guerras y revoluciones, en que el proceso sufre una enorme aceleración. De hecho, son estos acontecimientos los que actúan como la principal fuerza motriz de la Historia. Y la causa de fondo de estas convulsiones es el hecho de que un sistema socioeconómico determinado ha llegado a sus límites, y ya no puede desarrollar las fuerzas productivas como antes.

“La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases”, dice *El Manifiesto* en una de sus frases más célebres. Pero, ¿qué es la lucha de clases? Ni más ni menos que la lucha por la repartición del excedente producido por la clase obrera. Y esta lucha será siempre inevitable hasta que las fuerzas productivas no hayan alcanzado un nivel de desarrollo que permita la abolición de la miseria y la escasez de productos, no sólo para una minoría privilegiada, sino para todos. El socialismo, por lo tanto, no es sólo “una buena idea” que se puede llevar a la práctica en cualquier situación, siempre y cuando la gente lo desee. El socialismo tiene una base material, que consiste en el nivel de desarrollo de la industria, la agricultura, la ciencia y la tecnología.

Ya en *La Ideología alemana*, escrito en 1845-46, Marx y Engels explicaron que el socialismo presupone “un gran incremento de la fuerza productiva, un alto grado de su desarrollo (...) porque sin ella sólo se generalizaría la escasez y, por tanto, con la pobreza, comenzaría de nuevo, a la par, la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la porquería anterior”.

Con esta frase — *“toda la porquería anterior”* — Marx y Engels tenían en mente la desigualdad, la explotación, la opresión, la corrupción, la burocracia, el Estado y todos los demás males endémicos de la sociedad clasista. Hoy, después de la caída del estalinismo en Rusia, los enemigos del socialismo intentan demostrar que las ideas del marxismo son imposibles de realizar. Pero se olvidan del pequeño detalle de que Rusia, antes de 1917, era un país bastante más atrasado que la India hoy. Lenin y los bolcheviques, que conocían perfectamente los escritos de Marx, sabían de sobra que las condiciones materiales para el socialismo se encontraban ausentes en Rusia. Pero Lenin y Trotsky jamás tuvieron la idea de una revolución nacional, del “socialismo en un solo país”, y mucho menos en un país atrasado como Rusia.

Lenin y los bolcheviques tomaron el poder en 1917 con la perspectiva de una revolución mundial. La toma del poder en Rusia dio un poderoso ímpetu a la revolución en el resto de Europa, empezando por Alemania, que podía haber triunfado de no ser por la cobardía y traición de los dirigentes socialdemócratas, que salvaron el capitalismo. El mundo pagó un precio terrible por ese crimen, con las convulsiones económicas y sociales del período de entreguerras, el triunfo de Hitler en Alemania, la guerra civil en España y, finalmente, con los horrores de una nueva guerra mundial.

Este no es el lugar adecuado para analizar todo el proceso que tuvo lugar después de 1945. Baste con decir que el capitalismo logró, durante un tiempo, con los métodos anteriormente mencionados, una relativa estabilidad, por lo menos en los países avanzados de Europa Occidental, Japón y EEUU. Pero, incluso en este período, las contradicciones básicas no desaparecieron. Para dos tercios de la humanidad, fueron años de hambre y miseria, de guerras, de revolución y de contrarrevolución sin precedentes. Pero por lo menos en los países industrializados había pleno empleo, el “Estado del bienestar” y un aumento del nivel de vida.

Todo esto dio fuerza a la idea de que el capitalismo había solucionado sus problemas, que el paro era una cosa del pasado, que la lucha de clases había acabado y que el marxismo (por supuesto) estaba anticuado. ¡Qué irónicas suenan estas ideas hoy! Con más de 30 millones de parados en Occidente y un ataque salvaje al nivel de vida de la clase trabajadora en todos los países, las contradicciones entre las clases se agudizan cada vez más. Las magníficas movilizaciones de la clase obrera francesa en diciembre de 1995 han sido seguidas por la manifestación más grande desde la Segunda Guerra Mundial en Alemania, contra los recortes. Podemos estar seguros de que los obreros del Estado español no tardarán en dar una respuesta más contundente todavía al intento del gobierno de Aznar de destruir sus conquistas económicas y sociales.

“El ser social determina la conciencia”. Esta es la otra gran idea que forma la base del materialismo histórico. Tarde o temprano, las condiciones sociales se hacen sentir en la conciencia de la gente. Ahora bien, la relación entre los procesos que se dan en la sociedad y la forma en que éstos se reflejan en la cabeza de los hom-

bres y las mujeres no es ni automática ni lineal. Si fuera así, ¡estaríamos viviendo bajo el socialismo hace muchos años! Contrariamente a lo que creen los idealistas, el pensamiento humano en general no es progresista, sino profundamente conservador. En períodos “normales”, la gente tiende a agarrarse a lo conocido. Prefieren creer en las ideas, la moralidad, las instituciones, los partidos y los dirigentes que llevan ahí “toda la vida.”

Engels dijo una vez que hay períodos en la historia en que 20 años pasan como un solo día, pero hay otros en que la historia de 20 años está concentrada en 24 horas. Durante un largo período parece que nada cambia. No obstante, debajo de la superficie de aparente tranquilidad, se está acumulando enorme descontento, indignación, frustración y rabia contenida. En un momento determinado, esto provoca una explosión social. En momentos de crisis, la gente empieza a pensar por sí misma, actuar como hombres y mujeres libres, como protagonistas, no víctimas pasivas. Buscan un cauce y una organización, empiezan a militar en sus sindicatos y partidos de masas en un intento de cambiar la sociedad.

Una parte muy importante del *Manifiesto* que no ha sido suficientemente comprendida es la sección *Proletarios y Comunistas*, donde leemos lo siguiente:

“¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros.

No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado. No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

A la hora de la acción, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; en el aspecto teórico, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de

las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento proletario”.

Estas líneas tienen una importancia trascendental, porque demuestran el *método* de Marx y Engels, que siempre partían del auténtico movimiento de la clase obrera, del proletariado tal y como es, no como nos gustaría que fuera. Este método está a mil años luz del sectarismo estéril de aquellos grupúsculos revolucionarios que existen al margen del movimiento obrero, sin ningún punto de contacto con la realidad.

Para un marxista, un partido es, en primer lugar, *programa, ideas, métodos y tradiciones*, y sólo después una organización para llevar estas ideas a la clase obrera. A lo largo de la historia, la clase obrera crea organizaciones de masas para defender sus intereses y cambiar la sociedad. Empezando con los sindicatos, las organizaciones básicas de la clase, se dan cuenta en un momento dado de que la lucha reivindicativa por sí sola es insuficiente. En las condiciones actuales, esta conclusión resulta absolutamente ineludible. Sin la lucha cotidiana para avanzar bajo el capitalismo, la revolución socialista sería impensable. A través de las huelgas y manifestaciones, el proletariado se organiza y empieza a adquirir conciencia como clase. Pero para cada huelga que se gana, muchas más acaban derrotadas. E incluso cuando se consigue un aumento salarial, es posteriormente anulado por la inflación. El paro, las privatizaciones, los recortes del gasto público, las leyes antisindicales: todas estas cosas pertenecen a la política, y han de ser combatidas no sólo en las fábricas con métodos sindicales, sino mediante la organización política.

Los sindicatos, los partidos socialistas y los partidos comunistas han sido creados por la clase trabajadora a través de generaciones de lucha y sacrificio. Los obreros no abandonan fácilmente sus organizaciones tradicionales, sin someterlas a la prueba una y otra vez. Pero las organizaciones obreras no existen en el vacío. Están bajo la presión de la clase burguesa, sobre todo sus direcciones, que hoy por hoy están más divorciadas de la clase obrera que nunca. En ausencia de una política marxista firme, tienden a claudicar ante estas presiones. Se acomodan a las ideas de la clase dominante, que, como Marx explica, son las ideas dominantes de cada época. En períodos en que los obreros no están participando activamente en sus organizaciones, las presiones de

clases ajenas se redoblan. He aquí la explicación más fundamental del giro a la derecha que se ha producido en las direcciones de los partidos obreros (no sólo los socialistas, sino también en los que se llamaban comunistas) en el último período. Pero este proceso tiene sus límites. El giro a la derecha, que se expresa en ataques constantes contra el nivel de vida en todos los países, está preparando un giro violento a la izquierda en el próximo período. “Cada acción tiene una reacción igual y contraria” no sólo es aplicable a la Física.

Toda la historia demuestra una cosa: *nadie puede romper el deseo inconsciente de la clase obrera de transformar la sociedad*. Pero la historia también enseña que sin un programa científico, sin una perspectiva clara, es imposible llevar a cabo la transformación socialista. Estas cosas no caen del cielo. Tampoco se pueden improvisar cuando las masas ya están en la calle. Hay que prepararlas de antemano. Hay que ganar y educar a cuadros marxistas, integrados en las fábricas y en las minas, en los colegios y en las universidades, en los sindicatos y en los partidos obreros. Hay que llevar a cabo un trabajo revolucionario paciente y persistente, preparando el terreno para los grandes acontecimientos que se avecinan, no sólo en España, sino en Europa y en todo el mundo.

Cuando Marx y Engels escribieron el *Manifiesto*, eran dos jóvenes de 29 y 27 años respectivamente. Era un período de la reacción más negra, en que parecía que la clase obrera estaba derrotada e inmóvil. Los autores del *Manifiesto* estaban en el exilio en Bruselas, refugiados políticos del régimen reaccionario del rey de Prusia. No obstante, cuando el *Manifiesto Comunista* vio la luz por primera vez en febrero de 1848, la revolución ya había estallado en Francia y en pocos meses se había extendido a toda Europa. En el momento actual, el sistema capitalista está en crisis a nivel mundial. De este modo, un solo triunfo de la clase obrera en cualquier país importante puede ser la señal de partida de un proceso revolucionario que abarcaría no sólo Europa, sino el mundo entero.

Alan Woods
Londres, 20 de junio 1996.



Portada de la primera edición del *Manifiesto del Partido Comunista*

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada contra ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot¹, los radicales franceses y los polizontes alemanes.

¿Qué partido de oposición no ha sido motejado de comunista por sus adversarios en el poder? ¿Qué partido de oposición, a su vez, no ha lanzado, tanto a los representantes de la oposición más avanzados, como a sus enemigos reaccionarios, el epíteto zahriente de comunista?

De este hecho resulta una doble enseñanza:

Que el comunismo está ya reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa.

Que ya es hora de que los comunistas expongan al mundo entero sus ideas, sus fines y sus tendencias; que opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio partido.

Con este fin, comunistas de las más diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el siguiente *Manifiesto*, que será publicado en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

1. El Papa Pío IX, elegido al trono en 1846, se consideraba entonces un “liberal”, pero era tan enemigo del socialismo como el zar ruso Nicolás I, que ya antes de la revolución de 1848 desempeñaba el papel de gendarme de Europa. Metternich, canciller del Imperio austríaco y jefe reconocido de toda la reacción europea, entabló por aquel entonces contactos con Guizot, destacado historiador y ministro francés, ideólogo de la gran burguesía financiera e industrial y enemigo irreconciliable del proletariado. Por demanda del Gobierno prusiano, Guizot desterró a Marx de París. Los policías alemanes no dejaban en paz a los comunistas no sólo en Alemania, sino también en Francia, Bélgica e incluso en Suiza, procurando impedir su propaganda con todas las fuerzas y todos los medios.

I. BURGUESES Y PROLETARIOS²

La historia de todas las sociedades hasta nuestros días³ es la historia de las luchas de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros⁴ y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó

-
2. Por burguesía se comprende a la clase de los capitalistas modernos, que son los propietarios de los medios de producción social y emplean trabajo asalariado. Por proletarios se comprende a la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)
 3. Es decir, la historia *escrita*. En 1847, la historia de la organización social que precedió a toda la historia escrita, la prehistoria, era casi desconocida. Posteriormente, Haxthausen⁵ ha descubierto en Rusia la propiedad comunal de la tierra; Maure⁶ ha demostrado que ésta fue la base social de la que partieron históricamente todas las tribus germanas, y se ha ido descubriendo poco a poco que la comunidad rural, con la posesión colectiva de la tierra, ha sido la forma primitiva de la sociedad, desde la India hasta Irlanda. La organización interna de esa sociedad comunista primitiva ha sido puesta en claro, en lo que tiene de típico, con el culminante descubrimiento hecho por Morgan⁷ de la verdadera naturaleza de la *gens* y de su lugar en la *tribu*. Con la desintegración de estas comunidades primitivas comenzó la diferenciación de la sociedad en clases distintas y, finalmente, antagónicas. He intentado analizar este proceso en la obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, 2a ed., Stuttgart, 1886. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)
 4. *Zunftbürger*, esto es, miembro de un gremio con todos los derechos, maestro del mismo, y no su dirigente. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)
 5. Haxthausen, Augusto (1792-1868): barón prusiano, que recibió de Nicolás I permiso para acudir a Rusia con el objeto de estudiar su régimen agrario y la vida de los campesinos rusos (1843-1844). Autor de una obra que describe los restos del régimen comunal en las relaciones agrarias de Rusia.
 6. Maurer, Jorge Luis (1790-1872): historiador alemán, investigador del régimen social de la Alemania antigua y medieval; hizo una gran aportación al estudio de la historia de la comunidad medieval.
 7. Morgan, Luis Enrique (1818-1881): etnógrafo, arqueólogo e historiador norteamericano. Basándose en abundantes datos etnográficos, recogidos durante el es-

siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna. En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas partes una completa diferenciación de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales y siervos, y, además, en casi todas estas clases todavía encontramos gradaciones especiales.

La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los vecinos libres de las primeras ciudades; de este estamento urbano salieron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de la India y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron con ello el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. El estamento medio industrial suplantó a los maestros de los gremios; la divi-

tudio del régimen social y de la vida de los indios americanos, argumentó la doctrina sobre el desarrollo de la gens como forma principal del régimen de la comunidad primitiva. Intentó, además, crear la periodización de la historia de la sociedad preclasista. Marx y Engels valoraron en alto los trabajos de Morgan. Marx hizo un resumen detallado de su libro *La sociedad antigua*, mientras que Engels, en su libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, cita el material concreto reunido por Morgan.

sión del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó a la manufactura; el lugar del estamento medio industrial vinieron a ocuparlo los industriales millonarios —jefes de verdaderos ejércitos industriales—, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó, a su vez, en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a todas las clases legadas por la Edad Media. La burguesía moderna, como vemos, es ya de por sí fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio.

Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente progreso político. Estamento bajo la dominación de los señores feudales, la burguesía forma en la comuna⁸ una asociación armada y autónoma; en unos sitios como república urbana independiente; en otros como tercer estado tributario de la monarquía⁹; después, durante el período de la manufactura, es el contrapeso de la nobleza en las monarquías estamentales, absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, hasta que, después del establecimiento de la gran in-

8. Comunas se llamaban en Francia las ciudades nacientes todavía antes de arrancar a sus amos y señores feudales la autonomía local y los derechos políticos como "tercer estado". En términos generales, se ha tomado aquí a Inglaterra como país típico del desarrollo económico de la burguesía, y a Francia como país típico de su desarrollo político. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*)

Así denominaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus comunidades urbanas, una vez comprados o arrancados a sus señores feudales los primeros derechos de autonomía. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.*)

9. En la edición inglesa de 1888, redactada por Engels a las palabras "República urbana independiente" se ha añadido "como en Italia y en Alemania", y a las palabras "tercer estado tributario de la monarquía", las palabras "como en Francia".

dustria y del mercado universal, la burguesía conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno. El gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario.

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas; ha desgarrado sin piedad las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus “superiores naturales”, para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel “pago al contado”; ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeñoburgués en las aguas heladas del cálculo egoísta; ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio; ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal. La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurista, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, los ha convertido en sus servidores asalariados.

La burguesía ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las ha reducido a simples relaciones de dinero.

La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería. Ha sido ella la primera en demostrar lo que puede realizar la actividad humana; ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas a las migraciones de los pueblos y a las Cruzadas¹⁰.

10. Cruzadas: expediciones militares de colonización al Oriente emprendidas del siglo XI al XIII por los señores feudales y caballeros de Europa Occidental bajo el lema religioso de quitar a los musulmanes la posesión de los “Lugares Santos” (Jerusalén y otros).

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen viejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas nacionales, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y la autarquía de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan día a día más

imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, sustrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglutinado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. La consecuencia obligada de ello ha sido la centralización política. Las provincias independientes, ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido consolidadas en una sola nación, bajo un solo gobierno, una sola ley, un solo interés nacional de clase y una sola línea aduanera.

La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los

siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio sobre cuya base se ha formado la burguesía fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios de producción y de cambio, resultó que las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, no se correspondían ya con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y las rompieron.

En su lugar se estableció la libre concurrencia, con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir como por encanto tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean, en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa. Durante cada crisis comercial, se destruye sistemáticamente no sólo una parte considerable de productos elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas. Durante las crisis, una epidemia social que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de repentina barbarie: diríase que el hambre, que una guerra devastadora mundial la han privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y todo eso, ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasia-

dos medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no favorecen ya el régimen de la propiedad burguesa; por el contrario, resultan demasiado poderosas para estas relaciones, que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas.

Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía.

Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los proletarios.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, se desarrolla también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital. Estos obreros, obligados a venderse a trozos, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio, sujeta, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter propio, y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Éste se convierte en un simple apéndice de la máquina, y sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Por tanto, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de subsistencia indispensables para vivir y para perpetuar su linaje. Pero el precio de todo trabajo¹¹, como el de toda mercan-

11. Más tarde Marx y Engels empleaban en sus obras, en lugar de conceptos de "valor del trabajo" y "precio del trabajo", conceptos más exactos introducidos por Marx: "valor de la fuerza de trabajo", "precio de la fuerza de trabajo".

cía, es igual a los gastos de producción. Por consiguiente, cuanto más fastidioso resulta el trabajo, más bajan los salarios. Más aún, cuanto más se desarrollan la maquinaria y la división del trabajo, más aumenta la cantidad de trabajo, bien mediante la prolongación de la jornada, bien por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, la aceleración del ritmo de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de obreros, hacinados en la fábrica, son organizados militarmente. Como soldados rasos de la industria, están colocados bajo la vigilancia de toda la jerarquía de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del burgués individual, patrón de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Cuanta menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo de la industria moderna, mayor es la proporción en que el trabajo de los hombres es suplantado por el de las mujeres y los niños. Por lo que respecta a la clase obrera, las diferencias de edad y sexo pierden toda significación social. No hay más que instrumentos de trabajo, cuyo coste varía según la edad y el sexo.

Una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de otros elementos de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Pequeños industriales, pequeños comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, caen en las filas del proletariado; unos, porque sus pequeños capitales no les alcanzan para acometer grandes empresas industriales y sucumben en la competencia con los capitalistas más fuertes; otros, porque su habilidad profesional se ve despreciada ante los nuevos métodos de producción. De tal suerte, el proletariado se recluta entre todas las clases de la población.

El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados; después, por los obreros de una misma fábrica; más tarde, por los

obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués individual que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, incendian las fábricas, intentan reconquistar por la fuerza la posición perdida del artesano de la Edad Media.

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman masas compactas, esta acción no es todavía consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe —y por ahora aún puede— poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los restos de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía.

Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones¹² contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta a formar asociaciones permanentes para asegu-

12. En la edición inglesa de 1888, después de la palabra “coaliciones” ha sido añadido “sindicatos”.

rarse los medios necesarios en previsión de estos eventuales choques. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es propiciada por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Pero toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años.

Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero resurge, y siempre más fuerte, más firme, más potente. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarles a reconocer por ley algunos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra.

En general, las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellos sectores de la misma burguesía cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda, arrastrándolo así al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación¹³, es decir, armas contra ella misma.

Además, como acabamos de ver, el progreso de la industria precipita a las filas del proletariado a capas enteras de la clase dominante, o, al menos, amenaza sus condiciones de existencia. También ellas aportan al proletariado numerosos elementos de educación.

13. En la edición inglesa de 1888, en lugar de "elementos de su propia educación" se dice "elementos de su propia educación política y general".

Finalmente, en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan agudo que una pequeña fracción de esa clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Los estamentos medios —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todos ellos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estamentos medios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, son reaccionarios, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia. Son revolucionarios únicamente por cuanto tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, por cuanto abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpemproletariado, ese producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus condiciones de vida, está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras.

Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de existencia del proletariado. El proletariado no tiene propiedad; sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen nada en común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Norteamérica que en Alemania, despoja al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión son para él meros prejuicios burgueses detrás de los cuales se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales sino aboliendo el modo de apropiación en vigor y, por tanto, todo modo de apropiación existente hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente.

Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede incorporarse sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país deba acabar en primer lugar con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación.

Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Pero para poder oprimir a una clase es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud. El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna, lo mismo que el pequeñoburgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Es, pues, evidente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el pa-

pel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de existencia de su clase. No es capaz de dominar porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarlo decaer hasta el punto de tener que mantenerlo, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede seguir viviendo bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad.

La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

II. PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros.

No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado.

No proclaman principios especiales¹⁴ a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto. A la hora de la acción, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante¹⁵ a los demás; en el aspecto teórico, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado.

Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión de conjunto de

14. En la edición inglesa de 1888, en lugar de "especiales" dice "sectarios".

15. En la edición inglesa de 1888, en lugar de "que siempre impulsa adelante" dice "más avanzado".

las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos.

La abolición de las relaciones de propiedad existentes desde antes no es una característica propia del comunismo. Todas las relaciones de propiedad han sufrido constantes cambios históricos, continuas transformaciones históricas. La revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en provecho de la propiedad burguesa.

El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa. Pero la propiedad privada burguesa moderna es la última y más acabada expresión del modo de producción y de apropiación de lo producido basado en los antagonismos de clase, en la explotación de los unos por los otros¹⁶. En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado a los comunistas el querer abolir la propiedad personalmente adquirida, fruto del trabajo propio, esa propiedad que forma la base de toda libertad, actividad e independencia individual.

¡La propiedad adquirida, fruto del trabajo, del esfuerzo personal! ¿Os referís acaso a la propiedad del pequeñoburgués, del pequeño labrador, esa forma de propiedad que ha precedido a la propiedad burguesa? No tenemos que abolirla: el progreso de la industria la ha abolido y está aboliéndola a diario.

¿O tal vez os referís a la propiedad privada burguesa moderna?

¿Es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, crea propiedad para el proletario? De ninguna manera. Lo que crea es capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede acrecentarse sino a condición de producir nuevo trabajo asalariado, para volver a explotarlo. En su forma actual, la propiedad se mueve en el antagonismo entre el capital y el trabajo asalariado. Examinemos los dos términos de este antagonismo.

Ser capitalista significa ocupar no sólo una posición puramente personal en la producción, sino también una posición social. El capital es un producto colectivo; no puede ser puesto en movi-

16. En la edición inglesa de 1888, en lugar de "la explotación de los unos por los otros" dice "la explotación de la mayoría por la minoría".

miento sino por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, sólo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social.

En consecuencia, si el capital es transformado en propiedad colectiva, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no es la propiedad personal la que se transforma en propiedad social. Sólo cambia el carácter social de la propiedad. Ésta pierde su carácter de clase.

Examinemos el trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de subsistencia indispensables al obrero para conservar su vida como tal obrero. Por consiguiente, lo que el obrero asalariado se apropia por su actividad es estrictamente lo que necesita para la mera reproducción de su vida. No queremos de ninguna manera abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, indispensables para la mera reproducción de la vida humana (apropiación, por otro lado, que no deja ningún beneficio líquido que pueda dar un poder sobre el trabajo de otro). Lo que queremos suprimir es el carácter miserable de esa apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital, y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva.

En la sociedad burguesa, el trabajo vivo no es más que un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado no es más que un medio de ampliar, enriquecer y hacer más fácil la vida de los trabajadores.

De este modo, en la sociedad burguesa el pasado domina sobre el presente; en la sociedad comunista es el presente el que domina sobre el pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y tiene personalidad, mientras que el individuo que trabaja carece de independencia y está despersonalizado. ¡Y la burguesía dice que la abolición de semejante estado de cosas es la abolición de la personalidad y de la libertad! Y con razón. Pues se trata, efectivamente, de abolir la personalidad burguesa, la independencia burguesa y la libertad burguesa.

Por libertad, en las condiciones actuales de la producción burguesa, se entiende la libertad de comercio, la libertad de comprar y vender. Desaparecida la compraventa, desaparecerá también la

libertad de compraventa. Las declamaciones sobre la libertad de compraventa, lo mismo que las demás bravatas liberales de nuestra burguesía, sólo tienen sentido aplicadas a la compraventa encadenada y al burgués sojuzgado de la Edad Media; pero no ante la abolición comunista de la compraventa de las relaciones de producción burguesas y de la propia burguesía.

Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero, en vuestra sociedad actual, la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros; precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad.

En una palabra, nos acusáis de querer abolir vuestra propiedad.

Efectivamente, eso es lo que queremos.

Para vosotros, desde el momento en que el trabajo no puede ser convertido en capital, en dinero, en renta de la tierra, en una palabra, en poder social susceptible de ser monopolizado; es decir, desde el instante en que la propiedad personal no puede transformarse en propiedad burguesa, desde ese instante la personalidad queda suprimida.

Reconocéis, pues, que por personalidad no entendéis sino al burgués, al propietario burgués. Y esta personalidad ciertamente debe ser suprimida. El comunismo no arrebató a nadie la facultad de apropiarse de los productos sociales; no quita más que el poder de sojuzgar por medio de esta apropiación el trabajo ajeno.

Se ha objetado que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y sobrevendría una indolencia general.

Si así fuese, hace ya mucho tiempo que la sociedad burguesa habría sucumbido a manos de la holgazanería, puesto que en ella los que trabajan no adquieren y los que adquieren no trabajan. Toda la objeción se reduce a esta tautología: no hay trabajo asalariado donde no hay capital.

Todas las objeciones dirigidas contra el modo comunista de apropiación y de producción de bienes materiales se hacen extensivas igualmente respecto a la apropiación y a la producción de los productos del trabajo intelectual. Lo mismo que para el bur-

gués la desaparición de la propiedad de clase equivale a la desaparición de toda producción, la desaparición de la cultura de clase significa para él la desaparición de toda cultura.

La cultura cuya pérdida deplora no es para la inmensa mayoría de los hombres más que el adiestramiento que los transforma en máquinas.

Pero no discutáis con nosotros mientras apliquéis a la abolición de la propiedad burguesa el criterio de vuestras nociones burguesas de libertad, cultura, derecho, etc. Vuestras ideas mismas son producto de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase erigida en ley; voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de existencia de vuestra clase.

La concepción interesada que os ha hecho erigir en leyes eternas de la Naturaleza y de la Razón las relaciones sociales determinadas de vuestro modo de producción y de propiedad — relaciones históricas que surgen y desaparecen en el curso de la producción —, la compartís con todas las clases dominantes hoy desaparecidas. Lo que concebís para la propiedad antigua, lo que concebís para la propiedad feudal, no os atrevéis a admitirlo para la propiedad burguesa.

¡Querer abolir la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este infame designio de los comunistas.

¿En qué bases descansa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia plenamente desarrollada no existe más que para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública.

La familia burguesa desaparece naturalmente al dejar de existir ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis el querer abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen.

Pero decís que destruimos los vínculos más íntimos, sustituyendo la educación doméstica por la educación social.

Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad a través

de la escuela, etc.? Los comunistas no han inventado esta intrusión de la sociedad en la educación; no hacen más que cambiar su carácter y arrancar la educación a la influencia de la clase dominante.

Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen a los padres con sus hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletario y transforma a los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo.

¡Pero es que vosotros, los comunistas, queréis establecer la comunidad de las mujeres! — nos grita a coro toda la burguesía.

Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser de utilización común, y, naturalmente, no puede por menos de pensar que las mujeres correrán la misma suerte con la socialización.

No sospecha que se trata precisamente de acabar con esa situación de la mujer como simple instrumento de producción.

Nada más grotesco, por otra parte, que el horror ultramoral que inspira a nuestros burgueses la pretendida comunidad oficial de las mujeres que atribuyen a los comunistas. Los comunistas no tienen necesidad de introducir la comunidad de las mujeres: casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de sus obreros, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en seducir mutuamente las esposas.

El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las esposas. A lo sumo, se podría acusar a los comunistas de querer sustituir una comunidad de las mujeres hipócritamente disimulada, por una comunidad franca y oficial. Es evidente, por otra parte, que con la abolición de las relaciones de producción actuales desaparecerá la comunidad de las mujeres que de ellas se deriva, es decir, la prostitución oficial y no oficial.

Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatarse lo que no poseen. Pero, en la medida que el proletariado debe en primer

lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional¹⁷, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués.

El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden.

El dominio del proletariado los hará desaparecer más deprisa todavía. La acción común, al menos de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.

En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra.

Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí.

En cuanto a las acusaciones lanzadas contra el comunismo, partiendo del punto de vista de la religión, de la filosofía y de la ideología en general, no merecen un examen detallado.

¿Acaso se necesita una gran perspicacia para comprender que con toda modificación en las condiciones de vida, en las relaciones sociales, en la existencia social, cambian también las ideas, las nociones y las concepciones, en una palabra, la conciencia del hombre?

¿Qué demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual se transforma con la producción material? Las ideas dominantes en cualquier época siempre han sido las ideas de la clase dominante.

Cuando se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad, se expresa solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elementos de una nueva, y la disolución de las viejas ideas marcha a la par con la disolución de las antiguas condiciones de vida.

En el ocaso del mundo antiguo, las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando, en el siglo XVIII, las ideas cristianas fueron vencidas por las ideas de la Ilustración, la

17. En la edición inglesa de 1888, en lugar de "elevarse a la condición de clase nacional" dice "elevarse a la condición de clase dirigente de la nación".

sociedad feudal libraba una lucha a muerte contra la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad religiosa y de libertad de conciencia no hicieron más que reflejar el reinado de la libre concurrencia en el dominio del saber.

“Sin duda — se nos dirá —, las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., se han ido modificando en el curso del desarrollo histórico. Pero la religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho se han mantenido siempre a través de estas transformaciones. Existen, además, verdades eternas, tales como la libertad, la justicia, etc., que son comunes a todo estado de la sociedad. Pero el comunismo quiere abolir estas verdades eternas, quiere abolir la religión y la moral, en lugar de darles una forma nueva, y por eso contradice a todo el desarrollo histórico anterior”.

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de todas las sociedades que han existido hasta hoy se desenvuelve en medio de contradicciones de clase, de contradicciones que revisten formas diversas en las diferentes épocas.

Pero cualquiera que haya sido la forma de estas contradicciones, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos anteriores. Por consiguiente, no tiene nada de asombroso que la conciencia social de todos los siglos, a despecho de toda variedad y de toda diversidad, se haya movido siempre dentro de ciertas formas comunes, dentro de unas formas —formas de conciencia—, que no desaparecerán completamente más que con la desaparición definitiva de los antagonismos de clase.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada de extraño tiene que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales. Pero dejemos aquí las objeciones hechas por la burguesía al comunismo. Como ya hemos visto más arriba, el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas¹⁸ y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción.

Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países.

Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:

1. Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado.

2. Fuerte impuesto progresivo.

3. Abolición del derecho de herencia.

4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos.

5. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y régimen de monopolio.

6. Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.

7. Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al Estado y de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.

8. Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.

9. Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la diferencia entre la ciudad y el campo¹⁹.

18. En la edición inglesa de 1888, después de las palabras “sobrepasarán a sí mismas” ha sido añadido “se hará necesario continuar los ataques al viejo régimen social”.

19. En la edición de 1848 se decía “la oposición entre la ciudad y el campo”. En la edición de 1872 y en las ediciones alemanas posteriores, la palabra “oposición” fue sustituida por la palabra “diferencias”. En la edición inglesa de 1888, en lugar de las palabras “contribución a la desaparición gradual de las diferencias entre la ciudad y el campo” se decía “desaparición gradual de las diferencias entre la ciudad y el campo mediante una distribución más uniforme de la población por el país”.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo infantil en las fábricas tal como se practica hoy; régimen de educación combinado con la producción material, etc..

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase, si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime, al mismo tiempo que estas relaciones de producción, las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de las clases en general, y, por tanto, su propia dominación como clase.

En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desarrollo de cada uno será la condición del libre desarrollo de todos.

III. LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

1. EL SOCIALISMO REACCIONARIO

a) EL SOCIALISMO FEUDAL

Por su posición histórica, las aristocracias francesa e inglesa estaban llamadas a escribir libelos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de julio de 1830 y en el movimiento inglés por la reforma parlamentaria²⁰, habían sucumbido una vez más bajo los golpes del odiado advenedizo. En adelante no podía hablarse siquiera de una lucha política seria. No les quedaba más que la lucha literaria. Pero, también en el terreno literario, la vieja fraseología de la época de la Restauración²¹ había llegado a ser inaplicable. Para crearse simpatías, era menester que la aristocracia aparentase no tener en cuenta sus propios intereses y que formulara su acta de acusación contra la burguesía sólo en interés de la clase obrera explotada. Se dio de esta suerte la satisfacción de componer canciones satíricas contra su nuevo amo y de musitarle al oído profecías más o menos siniestras.

Así es como nació el socialismo feudal, mezcla de jeremiadas y pasquines, de ecos del pasado y de amenazas sobre el porvenir. Si alguna vez su crítica amarga, mordaz e ingeniosa hirió a la burguesía en el corazón, su incapacidad absoluta para comprender la marcha de la historia moderna concluyó siempre por cubrirlo de ridículo.

20. Se trata de la reforma del derecho electoral. El bill de ésta fue aprobado por la Cámara de los comunes inglesa en 1831 y reafirmado definitivamente por la de los lores en junio de 1832. La reforma estaba dirigida contra el monopolio político de la aristocracia agraria y financiera y dio acceso al Parlamento a los representantes de la burguesía industrial. El proletariado y la pequeña burguesía, que habían sido la fuerza principal en la lucha por la reforma, quedaron engañados por la burguesía liberal y no recibieron derechos electorales.

21. No se trata aquí de la Restauración inglesa de 1660-1689, sino de la francesa de 1814-1830. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*)

A guisa de bandera, estos señores enarbolaban el saco de mendigo del proletario, a fin de atraer al pueblo. Pero cada vez que el pueblo acudía, advertía que sus posaderas estaban ornadas con el viejo blasón feudal y se dispersaba en medio de grandes e irreverentes carcajadas.

Una parte de los legitimistas franceses y la “Joven Inglaterra”²² han dado al mundo este espectáculo cómico.

Cuando los campeones del feudalismo aseveran que su modo de explotación era distinto del de la burguesía, olvidan una cosa, y es que ellos explotaban en condiciones y circunstancias por completo diferentes y hoy anticuadas. Cuando advierten que bajo su dominación no existía el proletariado moderno, olvidan que la burguesía moderna es precisamente un retoño necesario del régimen social suyo.

Disfrazan tan poco, por otra parte, el carácter reaccionario de su crítica, que la principal acusación que presentan contra la burguesía es precisamente haber creado bajo su régimen una clase que hará saltar por los aires todo el antiguo orden social. Lo que imputan a la burguesía no es tanto el haber hecho surgir un proletariado en general, sino el haber hecho surgir un proletariado revolucionario.

Por eso, en la práctica política, toman parte en todas las medidas de represión contra la clase obrera. Y en la vida diaria, a pesar de su fraseología ampulosa, se las ingenian para recoger los frutos de oro²³ y trocar el honor, el amor y la fidelidad por el comercio en lanas, remolacha azucarera y aguardiente²⁴.

22. Legitimistas franceses: partidarios de la dinastía de los Borbones, derrocada en 1830, que representaba los intereses de la gran propiedad agraria heredada. Luchando contra la dinastía reinante de los Orleans, que se apoyaba en la aristocracia financiera y la gran burguesía, una parte de los legitimistas recurría a menudo a la demagogia social presentándose como defensores de los trabajadores frente a los explotadores burgueses.

“Joven Inglaterra”: grupo de políticos y literatos ingleses, militantes del Partido Conservador (*tory*), formado a principios de la década del 40 del siglo XIX. Al expresar el descontento de la aristocracia agraria por el aumento del poderío económico y político de la burguesía, los miembros de la “Joven Inglaterra” empleaban métodos demagógicos para subordinar a su influencia a la clase obrera y aprovecharla en su lucha contra la burguesía.

23. En la edición inglesa de 1888, después de “los frutos del oro” se ha añadido “del árbol de la industria”.

24. Esto se refiere en primer término a Alemania, donde los terratenientes aristócratas y los *junkers* cultivan por cuenta propia gran parte de sus tierras con ayu-

Del mismo modo que el cura y el señor feudal han marchado siempre de la mano, el socialismo clerical marcha unido con el socialismo feudal.

Nada más fácil que recubrir con un barniz socialista el ascetismo cristiano. ¿Acaso el cristianismo no se levantó también contra la propiedad privada, el matrimonio y el Estado? ¿No predicó en su lugar la caridad y la pobreza, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano no es más que el agua bendita con que el clérigo consagra el despecho de la aristocracia.

B) EL SOCIALISMO PEQUEÑOBURGUÉS

La aristocracia feudal no es la única clase derrumbada por la burguesía y no es la única clase cuyas condiciones de existencia empeoran y van extinguiéndose en la sociedad burguesa moderna. Los habitantes de las ciudades medievales y el estamento de los pequeños agricultores de la Edad Media fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países con una industria y un comercio menos desarrollados, esta clase continúa vegetando al lado de la burguesía en auge.

En los países donde se ha desarrollado la civilización moderna se ha formado —y, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue formándose sin cesar— una nueva clase de pequeños burgueses que oscila entre el proletariado y la burguesía. Pero los individuos que la componen se ven continuamente precipitados a las filas del proletariado a causa de la competencia y, con el desarrollo de la gran industria, ven aproximarse el momento en que desaparecerán por completo como fracción independiente de la sociedad moderna para ser reemplazados en el comercio, la manufactura y la agricultura por capataces y empleados.

da de administradores y poseen, además, grandes fábricas de azúcar de remolacha y destilerías de alcohol. Los más acaudalados aristócratas británicos todavía no han llegado a tanto; pero también ellos saben cómo pueden compensar la disminución de la renta, cediendo sus nombres a los fundadores de toda clase de sociedades anónimas de reputación más o menos dudosa. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*)

En países como Francia, donde los campesinos constituyen bastante más de la mitad de la población, era natural que los escritores que defendiesen la causa del proletariado contra la burguesía aplicasen a su crítica del régimen burgués el rasero del pequeño-burgués y del pequeño campesino y defendiesen la causa obrera desde el punto de vista de la pequeña burguesía. Así se formó el socialismo pequeñoburgués. Sismondi²⁵ es el más alto exponente de esta literatura, no sólo en Francia, sino también en Inglaterra.

Este socialismo analizó con mucha sagacidad las contradicciones inherentes a las modernas relaciones de producción. Puso al desnudo las hipócritas apologías de los economistas. Demostró de una manera irrefutable los efectos destructores de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la inevitable ruina de los pequeños burgueses y de los campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, la escandalosa desigualdad en la distribución de las riquezas, la exterminadora guerra industrial de las naciones entre sí, la disolución de las viejas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de las viejas nacionalidades.

Sin embargo, el contenido positivo de ese socialismo consiste, bien en su anhelo de restablecer los antiguos medios de producción y de cambio, y con ellos las antiguas relaciones de propiedad y toda la sociedad antigua, bien en querer encajar por la fuerza los medios modernos de producción y de cambio en el marco de las antiguas relaciones de propiedad, que ya fueron rotas, que fatalmente debían ser rotas por ellos. En uno y otro caso, este socialismo es a la vez reaccionario y utópico.

Para la manufactura, el sistema gremial; para la agricultura, el régimen patriarcal; he aquí su última palabra.

En su ulterior desarrollo esta tendencia ha caído en un marasmo cobarde²⁶.

25. Sismondi, Juan Carlos (1773-1842): economista e historiador suizo, representante del socialismo pequeñoburgués. No comprendía las tendencias progresivas de la gran producción capitalista, trataba de buscar modelos en el viejo régimen, en la organización gremial de la industria y en la agricultura patriarcal, que no correspondían en absoluto a las condiciones económicas cambiadas.

26. En la edición inglesa de 1888, este párrafo dice así: "Finalmente, cuando hechos históricos irrefutables desvanecieron todos los efectos embriagadores de las falsas ilusiones, esta forma de socialismo acabó en un miserable abatimiento".

C) EL SOCIALISMO ALEMÁN O SOCIALISMO 'VERDADERO'

La literatura socialista y comunista de Francia, que nació bajo el yugo de una burguesía dominante como expresión literaria de la lucha contra dicha dominación, fue introducida en Alemania en el momento en que la burguesía acababa de comenzar su lucha contra el absolutismo feudal. Filósofos, semifilósofos e ingenios de salón alemanes se lanzaron ávidamente sobre esta literatura; pero olvidaron que con la importación de la literatura francesa no habían sido importadas a Alemania, al mismo tiempo, las condiciones sociales de Francia. En las condiciones alemanas, la literatura francesa perdió toda significación práctica inmediata y tomó un carácter puramente literario. Debía parecer más bien una especulación ociosa sobre la realización de la esencia humana. De este modo, para los filósofos alemanes del siglo XVIII, las reivindicaciones de la primera revolución francesa no eran más que reivindicaciones de la "razón práctica" en general, y las manifestaciones de la voluntad de la burguesía revolucionaria de Francia no expresaban a sus ojos más que las leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como debía ser, de la voluntad verdaderamente humana. Toda la labor de los literatos alemanes se redujo exclusivamente a poner de acuerdo las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o, más exactamente, a asimilarse las ideas francesas partiendo de sus propias opiniones filosóficas.

Y se las asimilaron como se asimila en general una lengua extranjera: por la traducción.

Se sabe cómo los frailes superpusieron sobre los manuscritos de las obras clásicas del antiguo paganismo las absurdas descripciones de la vida de los santos católicos. Los literatos alemanes procedieron inversamente con respecto a la literatura profana francesa. Deslizaron sus absurdos filosóficos bajo el original francés. Por ejemplo: bajo la crítica francesa de las funciones del dinero, escribían: "enajenación de la esencia humana"; bajo la crítica francesa del Estado burgués, decían: "eliminación del poder de lo universal abstracto", y así sucesivamente.

A esta interpolación de su fraseología filosófica en la crítica francesa le dieron el nombre de "filosofía de la acción", "socialis-

mo verdadero”, “ciencia alemana del socialismo”, “fundamentación filosófica del socialismo”, etc.

De esta manera fue completamente castrada la literatura socialista-comunista francesa. Y como en manos de los alemanes dejó de ser la expresión de la lucha de una clase contra otra, los alemanes se imaginaron estar muy por encima de la “estrechez francesa” y haber defendido, en lugar de las verdaderas necesidades, la necesidad de la verdad, en lugar de los intereses del proletariado, los intereses de la esencia humana, del hombre en general, del hombre que no pertenece a ninguna clase ni a ninguna realidad y que no existe más que en el cielo brumoso de la fantasía filosófica. Este socialismo alemán, que tomaba tan solemnemente en serio sus torpes ejercicios de escolar y que con tanto estrépito charlatanesco los lanzaba a los cuatro vientos, fue perdiendo poco a poco su inocencia pedantesca.

La lucha de la burguesía alemana, y principalmente de la burguesía prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, adquiría un carácter más serio.

De esta suerte, se le ofreció al “verdadero” socialismo la ocasión tan deseada de contraponer al movimiento político las reivindicaciones socialistas, de fulminar los anatemas tradicionales contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la concurrencia burguesa, contra la libertad burguesa de prensa, contra el derecho burgués, contra la libertad y la igualdad burguesas, y de predicar a las masas populares que ellas no tenían nada que ganar, y que más bien perderían todo en este movimiento burgués. El socialismo alemán olvidó muy a propósito que la crítica francesa, de la cual era un simple eco insípido, suponía la sociedad burguesa moderna, con las correspondientes condiciones materiales de vida y una constitución política adecuada, es decir, precisamente las premisas que todavía se trataba de conquistar en Alemania.

Para los gobiernos absolutos de Alemania, con su séquito de clérigos, de mentores, de hidalgos rústicos²⁷ y de burócratas, este socialismo se convirtió en un espantajo propicio contra la burguesía, que se levantaba amenazadora.

27. *Junkers*: nobles propietarios agrarios prusianos.

Formó el complemento dulzarrón de los amargos latigazos y tiros con que esos mismos gobiernos respondían a los alzamientos de los obreros alemanes.

Si el “verdadero” socialismo se convirtió de este modo en un arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, representaba además, directamente, un interés reaccionario, el interés del pequeñoburgués alemán. La pequeña burguesía, legada por el siglo XVI y desde entonces renacida sin cesar bajo diversas formas, constituye para Alemania la verdadera base social del orden establecido.

Mantenerla es conservar en Alemania el orden establecido. La supremacía industrial y política de la burguesía le amenaza con una muerte cierta: de una parte, por la concentración de los capitales, y de otra, por el desarrollo de un proletariado revolucionario. A la pequeña burguesía le pareció que el “verdadero” socialismo podía matar los dos pájaros de un tiro. Y éste se propagó como una epidemia. Tejido con los hilos de araña de la especulación, bordado de flores retóricas y bañado por un rocío sentimental, ese ropaje fantástico en que los socialistas alemanes envolvieron sus tres o cuatro descarnadas “verdades eternas”, no hizo sino aumentar la demanda de su mercancía entre semejante público.

Por su parte, el socialismo alemán comprendió cada vez mejor que estaba llamado a ser el representante pomposo de esta pequeña burguesía.

Proclamó que la nación alemana era la nación modelo y el mesócrata alemán el hombre modelo. A todas las infamias de este hombre modelo les dio un sentido oculto, un sentido superior y socialista, contrario a la realidad. Fue consecuente hasta el fin, manifestándose de un modo abierto contra la tendencia “brutalmente destructiva” del comunismo y declarando su imparcial elevación por encima de todas las luchas de clases. Salvo muy raras excepciones, todas las obras llamadas socialistas que circulan en Alemania pertenecen a esta inmunda y enervante literatura²⁸.

28. La tormenta revolucionaria de 1848 barrió esta miserable escuela y ha quitado a sus partidarios todo deseo de seguir especulando con el socialismo. El principal representante y el tipo clásico de esta escuela es el señor Karl Grün²⁹. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.*)

29. Grün, Karl (1817-1887): Publicista pequeñoburgués alemán.

2. EL SOCIALISMO CONSERVADOR O BURGUÉS

Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales con el fin de consolidar la sociedad burguesa.

A esta categoría pertenecen los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que pretenden mejorar la suerte de las clases trabajadoras, los organizadores de la beneficencia, los protectores de animales, los fundadores de las sociedades de templanza, los reformadores domésticos de toda laya. Y hasta se ha llegado a elaborar este socialismo burgués en sistemas completos.

Citemos como ejemplo la *Filosofía de la Miseria*, de Proudhon.

Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ellas. Quieren la sociedad actual sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués hace de esta representación consoladora un sistema más o menos completo. Cuando invita al proletariado a llevar a la práctica su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha formado de ella.

Otra forma de este socialismo, menos sistemática pero más práctica, intenta apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas. Pero, por transformación de las condiciones materiales de vida, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas — lo que no es posible más que por vía revolucionaria —, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones de producción burguesas, y que, por tanto, no afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para reducirle a la burguesía los gastos que requiere su dominio y para simplificarle la administración de su Estado.

El socialismo burgués no alcanza su expresión adecuada sino cuando se convierte en simple figura retórica.

¡Libre cambio, en interés de la clase obrera! ¡Aranceles protectores, en interés de la clase obrera! ¡Prisiones celulares, en interés de la clase obrera! He ahí la última palabra del socialismo burgués, la única, que ha dicho seriamente.

El socialismo burgués se resume precisamente en esta afirmación: los burgueses son burgueses en interés de la clase obrera.

3. EL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO CRÍTICO-UTÓPICOS

No se trata aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas ha formulado las reivindicaciones del proletariado (los escritos de Babeuf³⁰, etc.). Las primeras tentativas directas del proletariado para hacer prevalecer sus propios intereses de clase, realizadas en tiempos de efervescencia general, en el período del derrumbamiento de la sociedad feudal, fracasaron necesariamente, tanto por el débil desarrollo del mismo proletariado como por la ausencia de las condiciones materiales de su emancipación, condiciones que surgen sólo como producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña a estos primeros movimientos del proletariado es forzosamente, por su contenido, reaccionaria. Preconiza un ascetismo general y un burdo igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen³¹, etc., hacen su aparición en el período inicial y rudimentario de la lucha entre el

30. Babeuf, Francisco Noel (alias Graco) (1760-1797): revolucionario francés, destacado representante del comunismo utópico. Organizó una sociedad secreta que preparaba la insurrección armada con el fin de establecer la dictadura revolucionaria para defender los intereses de las masas populares. La confabulación fue descubierta y el 27 de mayo de 1797 Babeuf fue ejecutado.

31. Saint-Simon, Enrique Claudio (1760-1825): socialista utópico francés, criticó el régimen capitalista y propuso el programa de sustituirlo con la sociedad basada en los principios de asociación. Saint-Simon opinaba que en la nueva sociedad todos tienen que trabajar y el papel de los hombres debe corresponder a sus méritos laborales; promovió la idea de la comunidad de la industria y la ciencia, así como de la producción centralizada y planificada. Mas dejaba intactos la propiedad privada y los intereses sobre el capital, rechazaba la lucha política y la revolución, sin comprender la misión histórica del proletariado; suponía que las reformas gubernamentales y la educación moral de la sociedad en el espíritu de la nueva religión conducirían a la extinción de las contradicciones de clase.

proletariado y la burguesía, período descrito anteriormente (véase “Burgueses y proletarios”).

Los inventores de estos sistemas, por cierto, se dan cuenta del antagonismo de las clases, así como de la acción de los elementos destructores dentro de la misma sociedad dominante. Pero no advierten del lado del proletariado ninguna iniciativa histórica, ningún movimiento político propio.

Como el desarrollo del antagonismo de clases va a la par con el desarrollo de la industria, tampoco pueden encontrar las condiciones materiales de la emancipación del proletariado, y se lanzan en busca de una ciencia social, de unas leyes sociales que permitan crear esas condiciones.

En lugar de la acción social tienen que poner la acción de su propio ingenio; en lugar de las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; en lugar de la organización gradual del proletariado en clase, una organización de la sociedad inventada por ellos. La futura historia del mundo se reduce para ellos a la propaganda y ejecución práctica de sus planes sociales.

En la confección de sus planes tienen conciencia, por cierto, de defender ante todo los intereses de la clase obrera, por ser la clase que más sufre. El proletariado no existe para ellos sino bajo el aspecto de la clase que más padece.

Pero la forma rudimentaria de la lucha de clases, así como su propia posición social, les lleva a considerarse muy por encima de todo antagonismo de clase. Desean mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad, incluso de los más privilegiados. Por eso no cesan de apelar a toda la sociedad sin distinción, e incluso se dirigen con preferencia a la clase dominante. Porque basta con comprender su sistema, para reconocer que es el mejor de todos los planes posibles para la mejor de todas las sociedades posibles.

Repudian, por eso, toda acción política y, en particular, toda acción revolucionaria; se proponen alcanzar su objetivo por medios pacíficos, intentando abrir camino al nuevo evangelio social valiéndose de la fuerza del ejemplo, por medio de pequeños experimentos, que naturalmente fracasan siempre.

Estas fantásticas descripciones de la sociedad futura, que surgen en una época en que el proletariado, todavía muy poco desarrollado, considera aún su propia situación de una manera tam-

bién fantástica, provienen de las primeras aspiraciones de los obreros, llenas de profundo presentimiento hacia una completa transformación de la sociedad.

Pero estas obras socialistas y comunistas encierran también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad existente. Y de este modo han proporcionado materiales de un gran valor para instruir a los obreros. Sus tesis positivas referentes a la sociedad futura, tales como la supresión del contraste entre la ciudad y el campo³², la abolición de la familia, de la ganancia privada y del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social y la transformación del Estado en una simple administración de la producción; todas estas tesis no hacen sino enunciar la eliminación del antagonismo de las clases, antagonismo que comienza solamente a perfilarse y del que los inventores de sistemas no conocen sino las primeras formas indistintas y confusas. Así, estas tesis tampoco tienen más que un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y del comunismo crítico-utópicos está en razón inversa al desarrollo histórico. A medida que la lucha de clases se acentúa y toma formas más definidas, el fantástico afán de ponerse por encima de ella, esa fantástica oposición que se le hace, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. He ahí por qué si en muchos aspectos los autores de esos sistemas eran revolucionarios, las sectas formadas por sus discípulos son siempre reaccionarias, pues se aferran a las viejas concepciones de sus maestros a pesar del ulterior desarrollo histórico del proletariado. Buscan, pues, y en eso son consecuentes, embotar la lucha de clases y conciliar los antagonismos. Continúan soñando con la experimentación de sus utopías sociales; con establecer falansterios aislados, crear *home-colonies* en sus países o fundar una pequeña Icaria³³,

32. En la edición inglesa de 1888, esta frase ha sido redactada de la manera siguiente: "Las medidas prácticas propuestas por ellos, tales como la desaparición del contraste entre la ciudad y el campo".

33. Falansterios se llamaban las colonias socialistas proyectadas por Carlos Fourier. *Icaria* era el nombre dado por Cabet a su país utópico y más tarde a su colonia comunista en América. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.) Owen llamó a sus sociedades comunistas modelo *home-colonies* (colonias inferiores). El falansterio era el nombre de los palacios sociales proyectados por Fourier. Llamábase Icaria el país fantástico-utópico, cuyas instituciones comunistas describía Cabet. (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)

edición en miniatura de la nueva Jerusalén. Y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven forzados a apelar a la filantropía de los corazones y los bolsillos burgueses. Poco a poco van cayendo en la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores descritos más arriba y sólo se distinguen de ellos por una pedantería más sistemática y una fe supersticiosa y fanática en la eficacia milagrosa de su ciencia social.

Por eso se oponen con encarnizamiento a todo movimiento político de la clase obrera, pues no ven en él sino el resultado de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio. Los owenistas, en Inglaterra, reaccionan contra los cartistas³⁴, y los fourieristas, en Francia, contra los reformistas³⁵.

34. Cartismo (de la palabra inglesa *Charter*, carta): movimiento revolucionario de masas de los obreros ingleses, motivado por la dura situación económica y la falta de derechos políticos. El movimiento se inició a fines de la década del 30 con grandiosas manifestaciones y mítines y continuó con intervalos hasta los comienzos de los años 50 del siglo XIX. Sus fracasos se debieron principalmente a la falta de un programa claro y de una dirección consecuentemente revolucionaria.

35. Se trata de los partidarios del periódico *La Réforme* (La Reforma) (París, 1843-1850), que luchaban por la instauración de la república y la aplicación de reformas democráticas y sociales.

IV. ACTITUD DE LOS COMUNISTAS RESPECTO A LOS DIFERENTES PARTIDOS DE OPOSICIÓN

Después de lo dicho en el capítulo II, la actitud de los comunistas respecto de los partidos obreros ya constituidos se explica por sí misma, y por tanto su actitud respecto de los cartistas de Inglaterra y los partidarios de la reforma agraria en América del Norte.

Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento. En Francia, los comunistas se suman al Partido Socialista Democrático³⁶ contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar, sin embargo, al derecho de criticar las ilusiones y los tópicos legados por la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido se compone de elementos contradictorios, en parte de socialistas democráticos, al estilo francés, y en parte de burgueses radicales.

36 En aquel entonces, este partido estaba representado por Ledru-Rollin, en la literatura por Luis Blanc³⁷ y en la prensa diaria por *La Réforme*. El nombre de Socialista Democrático significaba, en boca de sus inventores, la parte del Partido Democrático o Republicano que tenía un matiz más o menos socialista. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*)

Lo que se llamaba entonces en Francia el Partido Socialista Democrático estaba representado en política por Ledru-Rollin y en la literatura por Luis Blanc; hallábase, pues, a cien mil leguas de la socialdemocracia alemana de nuestro tiempo. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.*)

37. Ledru-Rollin, Alejandro Augusto (1807-1874): publicista y político francés, uno de los líderes de los demócratas pequeñoburgueses; director del periódico *La Réforme*; miembro del Gobierno Provisional en 1848.

Blanc, Luis (1811-1882): historiador y socialista pequeñoburgués francés, personalidad de la revolución de 1848-1849, que se pronunciaba por la conciliación con la burguesía.

Entre los polacos, los comunistas apoyan al partido que ve en una revolución agraria la condición de la liberación nacional; es decir, al partido que provocó en 1846³⁸ la insurrección de Cracovia.

En Alemania, el Partido Comunista lucha al lado de la burguesía, en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria.

Pero jamás, en ningún momento, se olvida este partido de inculcar a los obreros la más clara conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado, a fin de que los obreros alemanes sepan convertir de inmediato las condiciones sociales y políticas que forzosamente ha de traer consigo la dominación burguesa en otras tantas armas contra la burguesía, a fin de que, tan pronto sean derrocadas las clases reaccionarias en Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la misma burguesía.

Los comunistas fijan su principal atención en Alemania porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo las condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el prelude inmediato de una revolución proletaria.

En resumen, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente.

En todos estos movimientos, ponen en primer término, como aspecto fundamental, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que ésta revista.

En fin, los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social exis-

38. Los principales iniciadores de la insurrección, que se preparaba en las provincias polacas en febrero de 1846 con el fin de lograr la liberación nacional de Polonia, eran los demócratas revolucionarios polacos.

tente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS!

Escrito por C. Marx y F. Engels en diciembre de 1847-enero de 1848. Publicado por vez primera en folleto aparte en alemán en Londres, en febrero de 1848.

APÉNDICE

I

PREFACIO A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1872

La Liga de los Comunistas, asociación obrera internacional que, naturalmente, dadas las condiciones de la época, no podía existir sino en secreto, encargó a los que suscriben, en el Congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, que redactaran un programa detallado del partido, a la vez teórico y práctico, destinado a la publicación. Tal es el origen de este *Manifiesto*, cuyo manuscrito fue enviado a Londres, para ser impreso, algunas semanas antes de la revolución de Febrero³⁹. Publicado primero en alemán, se han hecho en este idioma, como mínimo, doce ediciones diferentes en Alemania, Inglaterra y Norteamérica. En inglés apareció primeramente en Londres, en 1850, en el *Red Republican*, traducido por Miss Helen Macfarlane, y más tarde, en 1871, se han publicado, por lo menos, tres traducciones diferentes en Norteamérica. Apareció en francés por primera vez en París, en vísperas de la insurrección de junio de 1848⁴⁰, y recientemente en *Le Socialiste* de Nueva York. En la actualidad, se prepara una nueva traducción. Una edición en polaco fue publicada en Londres poco tiempo después de la primera edición alemana. En Ginebra apareció en ruso, en la década del 60. Ha sido traducido también al danés, a poco de su publicación original. Aunque las condiciones hayan cambiado mucho en los últimos veinticinco años, los principios generales expuestos en este *Manifiesto* siguen siendo hoy, a grandes rasgos, enteramente acertados. Algunos puntos deberían ser retocados. El mismo *Manifiesto* explica que la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas existentes, y que, por

39. Se alude a la revolución de Febrero de 1848 en Francia.

40. Se trata de la insurrección del proletariado parisino del 23-26 de junio de 1848, que fue el punto culminante del desarrollo de la revolución de 1848-1849 en Europa.

tanto, no se concede especial importancia a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Este pasaje tendría que ser redactado hoy de distinta manera en más de un aspecto. Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años, y con éste, el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias, primero, de la revolución de Febrero, y después, en mayor grado aún, de la Comuna de París⁴¹, que eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al poder político, este programa ha envejecido en algunos de sus puntos. La Comuna ha demostrado, sobre todo, que “*la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines*” (véase *Der Bürgerkrieg in Frankreich, Adresse des Generalrats der Internationalen Arbeiterassoziation*, página 19 de la edición alemana⁴², donde esta idea está más extensamente desarrollada). Además, evidentemente, la crítica de la literatura socialista es incompleta para estos momentos, pues sólo llega a 1847; y al propio tiempo, si las observaciones que se hacen sobre la actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición (capítulo IV) son exactas todavía en sus trazos generales, han quedado anticuadas en sus detalles, ya que la situación política ha cambiado completamente y el desarrollo histórico ha borrado de la faz de la tierra a la mayoría de los partidos que allí se enumeran. Sin embargo, el *Manifiesto* es un documento histórico que ya no tenemos derecho a modificar. Una edición posterior quizá vaya precedida de un prefacio que puede llenar la laguna existente entre 1847 y nuestros días; la actual reimpresión ha sido tan inesperada para nosotros, que no hemos tenido tiempo de escribirlo.

Carlos Marx, Federico Engels
Londres, 24 de junio de 1872.

41. Comuna de París de 1871: Gobierno revolucionario de la clase obrera, formado por la revolución proletaria en París; primer gobierno de la dictadura del proletariado que conoce la historia. Existió 72 días: desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo de 1871.

42. Véase C. Marx y F. Engels, *La guerra civil en Francia*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2004, pág. 64.

II PREFACIO A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1883

Desgraciadamente, tengo que firmar solo el prefacio de esta edición. Marx, el hombre a quien la clase obrera de Europa y América debe más que a ningún otro, reposa en el cementerio de Highgate, y sobre su tumba verdea ya la primera hierba. Después de su muerte, ni hablar cabe de rehacer o completar el *Manifiesto*. Creo, pues, tanto más preciso recordar aquí implícitamente lo que sigue.

La idea fundamental de que está penetrado todo el *Manifiesto*, — a saber: que la producción económica y la estructura social que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica constituyen la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época; que, por tanto, toda la historia (desde la disolución del régimen primitivo de propiedad común de la tierra) ha sido una historia de lucha de clases, de lucha entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, en las diferentes fases del desarrollo social; y que ahora esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar, al mismo tiempo y para siempre, a la sociedad entera de la explotación, la opresión y las luchas de clases —, esta idea fundamental pertenece única y exclusivamente a Marx⁴³.

43. A esta idea, llamada, según creo — como dejé consignado en el prefacio a la edición inglesa —, a ser para la Historia lo que la teoría de Darwin⁴⁴ ha sido para la Biología, ya ambos nos habíamos ido acercando poco a poco, varios años antes de 1845. Hasta qué punto yo avancé independientemente en esta dirección, puede verse mejor en mi *Situación de la clase obrera en Inglaterra*. Pero cuando me volví a encontrar con Marx en Bruselas, en la primavera de 1845, él ya había elaborado esta tesis y me la expuso en términos casi tan claros como los que he expresado aquí. (*Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.*)

44. Darwin, Carlos Roberto (1809-1882): hombre de ciencia inglés, fundador de la biología materialista. Fue el primero en argumentar, sobre la base de unos abundantes datos de ciencias naturales, la teoría del desarrollo de la naturaleza viva y demostró que el mundo orgánico evolucionaba de formas simples a

Lo he declarado a menudo; pero ahora justamente es preciso que esta declaración también figure a la cabeza del propio *Manifiesto*.

F. Engels
Londres, 28 de junio de 1883

formas más complicadas y que el surgimiento de formas nuevas y la desaparición de las viejas es resultado de la evolución histórico-natural.

La médula de la teoría de Darwin es su doctrina sobre el origen de las especies por vía de selección natural y artificial. Afirmaba que a los organismos les son inherentes la mutabilidad y la herencia. Los cambios provechosos al animal o a la planta en su lucha por la existencia se consolidan y determinan la aparición de nuevas formas animales y vegetales. Expuso los principios y las pruebas fundamentales de esta doctrina en el libro *El origen de las especies* (1859).

III PREFACIO A LA EDICIÓN INGLESA DE 1888

El *Manifiesto* fue publicado como programa de la Liga de los Comunistas, una asociación de trabajadores, al principio exclusivamente alemana y más tarde internacional, que, dadas las condiciones políticas existentes antes de 1848 en el continente europeo, se veía obligada a permanecer en la clandestinidad. En un Congreso de la Liga, celebrado en Londres en noviembre de 1847, se encomendó a Marx y Engels que preparasen para la publicación un programa detallado del partido, que fuese a la vez teórico y práctico. En enero de 1848, el manuscrito, en alemán, fue terminado y, unas semanas antes de la revolución del 24 de febrero en Francia, enviado al editor, a Londres. La traducción francesa apareció en París poco antes de la insurrección de junio de 1848. En 1850, la revista *Red Republican*, editada por George Julian Harney, publicó en Londres la primera traducción inglesa, debida a la pluma de Miss Helen Macfarlane. El *Manifiesto* ha sido impreso también en danés y en polaco. La derrota de la insurrección de junio de 1848 en París — primera gran batalla entre el proletariado y la burguesía — relegó de nuevo a segundo plano, por cierto tiempo, las aspiraciones sociales y políticas de la clase obrera europea. Desde entonces, la lucha por la supremacía se desarrolla, como había ocurrido antes de la Revolución de Febrero, solamente entre diferentes sectores de la clase poseedora; la clase obrera hubo de limitarse a luchar por un escenario político para su actividad y a ocupar la posición de ala extrema de la clase media radical. Todo movimiento obrero independiente era despiadadamente perseguido en cuanto daba señales de vida. Así, la policía prusiana localizó al Comité Central de la Liga de los Comunistas, que se hallaba a la sazón en Colonia. Los miembros del Comité fueron detenidos y, después de dieciocho meses de reclusión, juzgados en octubre de 1852. Este célebre “Proceso de los comunistas en Colonia” se prolongó del 4 de octubre al 12 de noviembre; siete de los acusados fueron condenados a penas que oscilaban

entre tres y seis años de reclusión en una fortaleza. Inmediatamente después de publicada la sentencia, la Liga fue formalmente disuelta por los miembros de la misma que habían quedado en libertad. En cuanto al *Manifiesto*, parecía desde entonces condenado al olvido. Cuando la clase obrera europea hubo recuperado las fuerzas suficientes para emprender un nuevo ataque contra las clases dominantes, surgió la Asociación Internacional de los Trabajadores. Pero esta asociación, formada con la finalidad concreta de agrupar en su seno a todo el proletariado militante de Europa y América, no pudo proclamar inmediatamente los principios expuestos en el *Manifiesto*. El programa de la Internacional debía ser lo bastante amplio para que pudieran aceptarlo las trade unions inglesas, los adeptos de Proudhon⁴⁵ en Francia, Bélgica, Italia y España, y los lassalleanos⁴⁶ en Alemania. Marx, al escribir este programa de manera que pudiese satisfacer a todos es-

45. Proudhon, Pedro José (1809-1865): publicista, economista y sociólogo francés, ideólogo de la pequeña burguesía y uno de los fundadores del anarquismo. Proudhon soñaba con perpetuar la pequeña propiedad privada y criticaba, desde posiciones pequeñoburguesas, la gran propiedad capitalista. Proponía organizar el "Banco del Pueblo", que, por medio del "crédito gratuito", ayudaría a los obreros a adquirir medios de producción propios y hacerse artesanos. Fue también reaccionaria la idea utópica de Proudhon de fundar "Bancos de Cambio" que asegurarían a los trabajadores la venta "equitativa" de sus productos y no afectarían, al mismo tiempo, la propiedad capitalista de los medios e instrumentos de producción. Proudhon no comprendía el papel histórico del proletariado, tenía una actitud negativa ante la lucha de clases, la revolución proletaria y la dictadura del proletariado y negaba, partiendo de las posiciones anarquistas, la necesidad del Estado. Marx y Engels lucharon consecuentemente contra las tentativas de los proudhonistas de imponer sus criterios a la I Internacional. Marx criticó duramente la doctrina de Proudhon en su libro *Miseria de la Filosofía*.

46. Lassalleanos: partidarios y seguidores del socialista pequeñoburgués alemán F. Lassalle, miembros de la Unión General Obrera Alemana, fundada en 1863 en el Congreso de las sociedades obreras en Leipzig. Su primer presidente fue Lassalle, que expuso el programa y los fundamentos de la táctica de la Unión. La constitución de un partido político de masas de la clase obrera fue indudablemente un paso adelante en el desarrollo del movimiento obrero en Alemania. Sin embargo, Lassalle y sus adeptos ocuparon una posición oportunista con respecto a cuestiones teóricas y políticas fundamentales. Consideraban posible utilizar el Estado prusiano para resolver el problema social e intentaron entablar conversaciones con Bismarck, jefe del gobierno prusiano. Marx y Engels criticaron repetidas veces y con dureza la teoría, la táctica y los principios de organización de los lassalleanos como corriente oportunista en el movimiento obrero alemán.

tos partidos, confiaba enteramente en el desarrollo intelectual de la clase obrera, que debía resultar inevitablemente de la comunidad de acción y de la discusión. Los propios acontecimientos y vicisitudes de la lucha contra el capital, las derrotas más aún que las victorias, no podían dejar de hacer ver a los obreros la insuficiencia de todas sus panaceas favoritas y preparar el camino para una mejor comprensión de las verdaderas condiciones de la emancipación de la clase obrera. Y Marx tenía razón. Los obreros de 1874, en la época de la disolución de la Internacional, ya no eran, ni mucho menos, los mismos de 1864, cuando la Internacional había sido fundada. El proudhonismo en Francia y el lassalleanismo en Alemania agonizaban, e incluso las conservadoras trade unions inglesas, que en su mayoría habían roto todo vínculo con la Internacional mucho antes de la disolución de ésta, se iban acercando poco a poco al momento en que el presidente de su Congreso, el año pasado en Swansea, pudo decir en su nombre: “El socialismo continental ya no nos asusta”. En efecto, los principios del *Manifiesto* se han difundido ampliamente entre los obreros de todos los países. Así pues, el propio *Manifiesto* se situó de nuevo en primer plano. El texto alemán había sido reeditado, desde 1850, varias veces en Suiza, Inglaterra y Norteamérica. En 1872 fue traducido al inglés en Nueva York y publicado en la revista *Woodhull and Claflin's Weekly*. Esta versión inglesa fue traducida al francés y apareció en *Le Socialiste* de Nueva York. Desde entonces, dos o más traducciones inglesas, más o menos deficientes, aparecieron en Norteamérica, y una de ellas fue reeditada en Inglaterra. La primera traducción rusa, hecha por Bakunin, fue publicada en la imprenta del *Kólokol*⁴⁷ de Herzen en Ginebra, hacia 1863; la segunda, debida a la heroica Vera Zasúlich⁴⁸, vio la luz también en Ginebra en 1882. Una nueva edición danesa se publicó en *Socialdemokratisk Bibliothek*, en Copenhague, en 1885; en este mismo año apareció una nueva traducción francesa en *Le Socialiste* de París. De esta última se preparó y publicó en Madrid,

47. *Kólokol* (La Campana): periódico democrático-revolucionario editado de 1857 a 1867 por los demócratas revolucionarios A. Herzen y N. Ogariov; se publicó hasta 1865 en Londres y, más tarde, en Ginebra.

48. La traducción se debe a G. Plejánov. Engels así lo indicó más tarde en el epílogo al artículo *Las relaciones sociales en Rusia*.

en 1886, una versión española. Esto sin mencionar las reediciones alemanas, que han sido por lo menos doce. Una traducción armenia, que debía haber sido impresa hace unos meses en Constantinopla, no ha visto la luz, según tengo entendido, porque el editor temió sacar un libro con el nombre de Marx y el traductor se negó a hacer pasar el *Manifiesto* por su propia obra. Tengo noticia de traducciones posteriores en otras lenguas, pero no las he visto. Y así, la historia del *Manifiesto* refleja en medida considerable la historia del movimiento moderno de la clase obrera; actualmente es, sin duda, la obra más difundida, la más internacional de toda la literatura socialista, la plataforma común aceptada por millones de trabajadores, desde Siberia hasta California. Sin embargo, cuando fue escrito no pudimos titularle *Manifiesto Socialista*. En 1847 se llamaban socialistas, por una parte, todos los partidarios de los diferentes sistemas utópicos: los owenistas⁴⁹ en Inglaterra y los fourieristas⁵⁰ en Francia, reducidos ya a meras sectas y en proceso de extinción paulatina; de otra parte, toda suerte de curanderos sociales que prometían suprimir, con sus diferentes emplastos, las lacras sociales sin dañar al capital ni a la ganancia. En ambos casos, gentes que se hallaban fuera del movimiento obrero y que buscaban apoyo más bien en las clases “instruidas”. En cambio, la parte de la clase obrera que había llegado al convenci-

49. Owenistas: partidarios y adeptos del socialista utopista inglés Roberto Owen (1771-1858). Owen sometió a una acerba crítica los fundamentos del régimen capitalista, pero no supo descubrir las verdaderas raíces de las contradicciones del capitalismo. Consideraba que la causa principal de la desigualdad social radicaba en la insuficiente difusión de la instrucción, y no en el propio modo de producción capitalista, y que podría ser suprimida mediante la divulgación de conocimientos y las reformas sociales, de las que presentó un amplio programa. Veía la futura sociedad “racional” en forma de libre federación de pequeñas comunas con autoadministración. Sin embargo, los intentos que hizo de llevar a la práctica sus ideas, terminaron en un fracaso.

50. Fourieristas: partidarios y seguidores del socialista utópico francés Carlos Fourier (1772-1837). Fourier ofreció una crítica dura y profunda del régimen burgués y dibujó un cuadro de la futura sociedad humana “armónica”, basada en el conocimiento de las pasiones humanas. Se pronunciaba en contra de la revolución violenta y suponía que podía pasarse a la sociedad socialista futura mediante una propaganda pacífica de los falansterios (asociaciones laborales) modelo, en los que el trabajo voluntario y atractivo se convertiría en una necesidad del hombre. Sin embargo, Fourier no era partidario de la abolición de la propiedad privada y en sus falansterios existían los ricos y los pobres.

miento de la insuficiencia de las simples revoluciones políticas y proclamaba la necesidad de una transformación fundamental de toda la sociedad, se llamaba entonces comunista. Era un comunismo rudimentario y tosco, puramente instintivo; sin embargo, supo percibir lo más importante y se mostró suficientemente fuerte en la clase obrera para producir el comunismo utópico de Cabet, en Francia, y el de Weitling⁵¹, en Alemania. Así, el socialismo, en 1847, era un movimiento de la clase burguesa, y el comunismo lo era de la clase obrera. El socialismo era, al menos en el continente, cosa “respetable”; el comunismo, todo lo contrario. Y como nosotros manteníamos desde un principio que “*la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma*”, para nosotros no podía haber duda alguna sobre cuál de las dos denominaciones procedía elegir. Más aún, después no se nos ha ocurrido jamás renunciar a ella.

Aunque el *Manifiesto* es nuestra obra común, me considero obligado a señalar que la tesis fundamental, el núcleo del mismo, pertenece a Marx. Esta tesis afirma que, en cada época histórica, el modo predominante de producción económica y de cambio y la organización social que de él se deriva necesariamente forman la base sobre la cual se levanta y la única que explica la historia política e intelectual de dicha época; que, por tanto (después de la disolución de la sociedad gentilicia primitiva con su propiedad comunal de la tierra), toda la historia de la humanidad ha sido una historia de lucha de clases, de lucha entre explotadores y explotados, entre clases dominantes y clases oprimidas; que la historia de esas luchas de clases es una serie de revoluciones, que ha alcanzado en el presente un grado tal de desarrollo en que la cla-

51. Cabet, Esteban (1778-1856): publicista pequeñoburgués francés, destacado representante del comunismo utópico. Opinaba que se podían eliminar los defectos del régimen burgués mediante la transformación pacífica de la sociedad. Expuso sus ideas en el libro *Un viaje a Icaria* (1840) y trató de llevarlas a la práctica organizando una comunidad comunista en América, pero su experimento terminó con un fracaso rotundo.

Weitling, Guillermo (1808-1871): destacada personalidad del movimiento obrero de Alemania en el período de su surgimiento, uno de los teóricos del comunismo “igualitario” utópico. Los criterios de Weitling desempeñaron, según Engels, un papel positivo “como primer movimiento teórico independiente del proletariado alemán”, mas cuando apareció el comunismo científico empezaron a frenar el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado.

se explotada y oprimida —el proletariado— no puede ya emanciparse del yugo de la clase explotadora y dominante —la burguesía— sin emancipar, al mismo tiempo y para siempre, a toda la sociedad de toda explotación, opresión, división en clases y lucha de clases.

A esta idea, llamada, según creo, a ser para la Historia lo que la teoría de Darwin ha sido para la Biología, ya ambos habíamos llegado, paulatinamente, unos años antes de 1845.

Hasta qué punto yo avancé independientemente en esta dirección, puede verse mejor que en cualquier otra obra en mi *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Pero cuando me volví a encontrar con Marx en Bruselas, en la primavera de 1845, él ya había elaborado esta tesis y me la expuso en términos casi tan claros como los que he expresado aquí. Cito las siguientes palabras del prefacio a la edición alemana de 1872, escrito por nosotros conjuntamente:

“Aunque las condiciones hayan cambiado mucho en los últimos veinticinco años, los principios generales expuestos en este *Manifiesto* siguen siendo hoy, a grandes rasgos, enteramente acertados. Algunos puntos deberían ser retocados. El mismo *Manifiesto* explica que la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas existentes, y que, por tanto, no se concede especial importancia a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Este pasaje tendría que ser redactado hoy de distinta manera en más de un aspecto. Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años, y con éste, el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias, primero, de la revolución de febrero, y después, en mayor grado aún, de la Comuna de París, que eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al poder político, este programa ha envejecido en algunos de sus puntos. La Comuna ha demostrado, sobre todo, que ‘la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines (véase *Der Bürgerkrieg in Frankreich, Adresse des Generalrats der Internationalen*

Arbeiterassoziation, página 19 de la edición alemana, donde esta idea está más extensamente desarrollada)'. Además, evidentemente, la crítica de la literatura socialista es incompleta para estos momentos, pues sólo llega a 1847; y al propio tiempo, si las observaciones que se hacen sobre la actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición (capítulo IV) son exactas todavía en sus trazos generales, han quedado anticuadas en sus detalles, ya que la situación política ha cambiado completamente y el desarrollo histórico ha borrado de la faz de la tierra a la mayoría de los partidos que allí se enumeran. Sin embargo, el *Manifiesto* es un documento histórico que ya no tenemos derecho a modificar".

La presente traducción se debe a Mr. Samuel Moore, traductor de la mayor parte de *El Capital* de Marx. Hemos revisado juntos la traducción y he añadido unas notas para explicar las alusiones históricas.

Federico Engels
Londres, 30 de enero de 1888.

IV PREFACIO A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1890

En el tiempo transcurrido desde que fue escrito lo que precede⁵², se ha hecho imprescindible una nueva edición alemana del *Manifiesto*, e interesa recordar aquí los acontecimientos con él relacionados.

Una segunda traducción rusa —debida a Vera Zasúlich— apareció en Ginebra en 1882; Marx y yo redactamos el prefacio. Desgraciadamente, he perdido el manuscrito alemán original⁵³ y debo retraducir del ruso, lo que no es de ningún beneficio para el texto. Dice:

“La primera edición rusa del *Manifiesto del Partido Comunista*, traducido por Bakunin, fue hecha a principios de la década del 60⁵⁴ en la imprenta del *Kólokol*. En aquel tiempo, una edición rusa de esta obra podía parecer en Occidente tan sólo una curiosidad literaria. Hoy, semejante concepto sería imposible.

“Lo reducido del terreno de acción del movimiento proletario en aquel entonces (diciembre de 1847) lo demuestra mejor que nada el último capítulo del *Manifiesto: Actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición* en los diversos países. Rusia y los Estados Unidos, precisamente, no fueron mencionados. Era el momento en que Rusia formaba la última gran reserva de toda la reacción europea y en que la emigración a los Estados Unidos absorbía el exceso de fuerzas del proletariado de Europa. Estos dos países proveían a Europa de materias primas y eran, al propio tiempo, mercados para la venta de su pro-

52. Engels se refiere a su prefacio a la edición alemana de 1883.

53. Este original fue encontrado posteriormente.

54. La edición mencionada se publicó en 1869. En el prefacio de Engels a la edición inglesa de 1888 también se cita con inexactitud la fecha de aparición de la traducción al ruso del *Manifiesto*.

ducción industrial. Los dos eran, pues, de una u otra manera, pilares del orden vigente en Europa.

“¡Qué cambiado está todo! Precisamente la emigración europea ha hecho posible el colosal desarrollo de la agricultura en América del Norte, cuya competencia conmueve los cimientos mismos de la grande y pequeña propiedad territorial de Europa. Es ella la que ha dado, además, a los Estados Unidos, la posibilidad de emprender la explotación de sus enormes recursos industriales con tal energía y en tales proporciones que en breve plazo ha de terminar con el monopolio industrial de la Europa Occidental, y especialmente con el de Inglaterra. Estas dos circunstancias repercuten a su vez de una manera revolucionaria sobre la misma Norteamérica. La pequeña y mediana propiedad agraria de los granjeros, piedra angular de todo el régimen político norteamericano, sucumben gradualmente ante la competencia de haciendas gigantescas, mientras que en las regiones industriales se forma, por vez primera, un numeroso proletariado junto a una fabulosa concentración de capitales.

“¿Y en Rusia? Al producirse la revolución de 1848-1849, no sólo los monarcas de Europa, sino también la burguesía europea, veían en la intervención rusa el único medio de salvación contra el proletariado, que empezaba a despertar. El zar fue aclamado como jefe de la reacción europea. Ahora es, en Gátchina, el prisionero de guerra de la revolución⁵⁵, y Rusia está en la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa.

“El *Manifiesto Comunista* se propuso como tarea proclamar la desaparición próxima e inevitable de la moderna propiedad burguesa. Pero en Rusia, al lado del florecimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es poseída en común por los campesinos.

55. Se trata de la situación creada después del asesinato del emperador Alejandro II, perpetrado por los miembros de *Naródnaya Volya* (La Voluntad del Pueblo, organización política secreta de los populistas terroristas) el 1 de marzo de 1881. Alejandro III, que subió al trono, no abandonaba Gátchina por temor ante las intervenciones revolucionarias y posibles actos terroristas.

Cabe, entonces, la pregunta: ¿podría la comunidad rural rusa —forma, por cierto, ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra— pasar directamente a la forma superior de la propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente? La única respuesta que se puede dar hoy a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida para el desarrollo comunista”.

Carlos Marx, Federico Engels
Londres, 21 de enero de 1882”.

Una nueva traducción polaca apareció por aquella época en Ginebra: *Manifest Kommunistyczny*. Después ha aparecido una nueva traducción danesa en la *Socialdemokratisk Bibliothek, Kjöbenhavn 1885*. Desgraciadamente, no es completa; algunos pasajes esenciales, al parecer por dificultades de traducción, han sido omitidos, y, en general, en algunos pasajes se notan señales de negligencia, tanto más lamentables cuanto que se ve por el resto que la traducción habría podido ser excelente con un poco más de cuidado por parte del traductor. En 1885 apareció una nueva traducción francesa en *Le Socialiste* de París; es hasta ahora la mejor. De ésta fue hecha una traducción al español, que se publicó en el mismo año, primero en *El Socialista* de Madrid y luego en un folleto: *Manifiesto del Partido Comunista, por Carlos Marx y F. Engels, Madrid. Administración de El Socialista, Hernán Cortés, 8*. A título de curiosidad diré que en 1887 fue ofrecido a un editor de Constantinopla el manuscrito de una traducción armenia; pero al buen hombre le faltó valor para imprimir un trabajo en el que figuraba el nombre de Marx, y pensó que sería preferible que el traductor apareciese como autor, lo que el traductor se negó a aceptar. Después de haberse reimprimido diferentes veces en Inglaterra ciertas traducciones norteamericanas más o menos inexactas, apareció por fin, en 1888, una traducción auténtica. Esta es debida a mi amigo Samuel Moore, y ha sido revisada por los dos antes de su impresión. Lleva por título: *Manifesto of the Communist Party, by*

Karl Marx and Frederick Engels. Authorized English Translation, edited and annotated by Frederick Engels. 1888. London, William Reeves, 185 Fleet st. E. C.”. He reproducido en la presente edición algunas notas escritas por mí para esta traducción inglesa.

El *Manifiesto* tiene su propia historia. Recibido con entusiasmo en el momento de su aparición por la entonces aún poco numerosa vanguardia del socialismo científico (como lo prueban las traducciones citadas en el primer prefacio), fue pronto relegado a segundo plano a causa de la reacción que siguió a la derrota de los obreros parisienses, en junio de 1848, y proscrito “de derecho” a consecuencia de la condena de los comunistas en Colonia, en noviembre de 1852⁵⁶. Y al desaparecer de la arena pública el movimiento obrero que se inició con la revolución de Febrero, el *Manifiesto* pasó también a segundo plano.

Cuando la clase obrera europea hubo recuperado las fuerzas suficientes para emprender un nuevo ataque contra el poderío de las clases dominantes, surgió la Asociación Internacional de los Trabajadores. Esta tenía por objeto reunir en un inmenso ejército único a toda la clase obrera combativa de Europa y América. No podía, pues, partir de los principios expuestos en el *Manifiesto*. Debía tener un programa que no cerrara la puerta a las trade unions inglesas, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos y españoles y a los lassalleanos alemanes⁵⁷. Este programa —el preámbulo de los Estatutos de la Internacional⁵⁸— fue redactado por Marx con una maestría que fue reconocida hasta por Bakunin y los anarquistas. Para el triunfo definitivo de las tesis expuestas en el *Manifiesto*, Marx confiaba tan sólo en el desarrollo intelec-

56. Se trata del proceso provocador (4 de octubre-12 de noviembre de 1852), tramado por el Gobierno de Prusia. Se procesaron once miembros de la organización internacional “Liga de los Comunistas” (1847-1852), acusados de “complot con carácter de alta traición”. Con ayuda de falsos documentos y testimonios siete procesados fueron condenados a presidio por plazos de tres a seis años.

57. Personalmente Lassalle, en sus relaciones con nosotros, nos declaraba siempre que era un “discípulo” de Marx, y, como tal, se colocaba sin duda sobre el terreno del *Manifiesto*. Otra cosa sucedía con aquellos de sus partidarios que no pasaron más allá de sus exigencias de cooperativas de producción con crédito del Estado y que dividieron a toda la clase trabajadora en obreros que contaban con la ayuda del Estado y obreros que sólo contaban con ellos mismos. (Nota de F. Engels.)

58. Véase: C. Marx, *Estatutos Generales de la Asociación Internacional de la Trabajadores*.

tual de la clase obrera, que debía resultar inevitablemente de la acción conjunta y de la discusión. Los acontecimientos y las vicisitudes de la lucha contra el capital, las derrotas más aún que las victorias, no podían dejar de hacer ver a los combatientes la insuficiencia de todas las panaceas en que hasta entonces habían creído y de tornarles más capaces de penetrar hasta las verdaderas condiciones de la emancipación obrera. Y Marx tenía razón. La clase obrera de 1874, cuando la Internacional dejó de existir, era muy diferente de la de 1864, en el momento de su fundación. El proudhonismo en los países latinos y el lassalleísmo específico en Alemania estaban agonizando, e incluso las trade unions inglesas de entonces, ultraconservadoras, se iban acercando poco a poco al momento en que el presidente de su Congreso de Swansea, en 1887, pudiera decir en su nombre: “*El socialismo continental ya no nos asusta*”. Pero, en 1887, el socialismo continental era casi exclusivamente la teoría formulada en el *Manifiesto*. Y así, la historia del *Manifiesto* refleja hasta cierto punto la historia del movimiento obrero moderno desde 1848. Actualmente es, sin duda, la obra más difundida, la más internacional de toda la literatura socialista, el programa común de muchos millones de obreros de todos los países, desde Siberia hasta California.

Y, sin embargo, cuando apareció no pudimos titularlo *Manifiesto Socialista*: En 1847, el nombre de socialista englobaba a dos categorías de personas. De un lado, los partidarios de diferentes sistemas utópicos, particularmente los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que no eran ya sino simples sectas en proceso de extinción paulatina. De otro lado, los más diversos curanderos sociales que aspiraban a suprimir, con sus variadas panaceas y emplastos de toda suerte, las lacras sociales sin dañar en lo más mínimo al capital ni a la ganancia. En ambos casos, gentes que se hallaban fuera del movimiento obrero y que buscaban apoyo más bien en las clases “instruidas”. En cambio, la parte de los obreros que, convencida de la insuficiencia de las revoluciones meramente políticas, exigía una transformación radical de la sociedad, se llamaba entonces comunista. Era un comunismo apenas elaborado, sólo instintivo, a veces algo tosco; pero fue asaz pujante para crear dos sistemas de comunismo utópico: en Francia, el “icario”, de Cabet, y en Alemania, el de Weitling. En 1847, el socialismo designaba un movimiento burgués; el comu-

nismo, un movimiento obrero. El socialismo era, al menos en el continente, muy respetable; el comunismo era todo lo contrario. Y como nosotros ya en aquel tiempo sosteníamos muy decididamente el criterio de que *“la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma”*, no pudimos vacilar un instante sobre cuál de las dos denominaciones procedía elegir. Y posteriormente no se nos ha ocurrido jamás renunciar a ella.

¡Proletarios de todos los países, uníos! Sólo unas pocas voces nos respondieron cuando lanzamos estas palabras por el mundo, hace ya cuarenta y dos años, en vísperas de la primera revolución parisiense en que el proletariado actuó planteando sus propias reivindicaciones. Pero, el 28 de septiembre de 1864, los proletarios de la mayoría de los países de la Europa Occidental se unieron formando la Asociación Internacional de los Trabajadores, de gloriosa memoria. Bien es cierto que la Internacional vivió tan sólo nueve años, pero la unión eterna que estableció entre los proletarios de todos los países vive todavía y subsiste más fuerte que nunca, y no hay mejor prueba de ello que la jornada de hoy. Pues hoy, en el momento en que escribo estas líneas, el proletariado de Europa y América pasa revista a sus fuerzas, movilizadas por vez primera en un solo ejército, bajo una sola bandera y para un solo objetivo inmediato: la fijación legal de la jornada de ocho horas, proclamada ya en 1866 por el Congreso de la Internacional celebrado en Ginebra y de nuevo en 1889 por el Congreso Obrero de París. El espectáculo de hoy demostrará a los capitalistas y a los terratenientes de todos los países que, en efecto, los proletarios de todos los países están unidos.

¡Oh, si Marx estuviese a mi lado para verlo con sus propios ojos!

F. Engels
Londres, 1 de mayo de 1890.

V PREFACIO A LA EDICIÓN POLACA DE 1892

El que una nueva edición polaca del *Manifiesto Comunista* sea necesaria, invita a diferentes reflexiones.

Ante todo conviene señalar que, durante los últimos tiempos, el *Manifiesto* ha pasado a ser, en cierto modo, un índice del desarrollo de la gran industria en Europa. A medida que en un país se desarrolla la gran industria, se ve crecer entre los obreros de ese país el deseo de comprender su situación, como tal clase obrera, con respecto a la clase de los poseedores; se ve progresar entre ellos el movimiento socialista y aumentar la demanda de ejemplares del *Manifiesto*. Así, pues, el número de estos ejemplares difundidos en un idioma permite no sólo determinar, con bastante exactitud, la situación del movimiento obrero, sino también el grado de desarrollo de la gran industria en cada país.

Por eso la nueva edición polaca del *Manifiesto* indica el decisivo progreso de la gran industria de Polonia. No hay duda de que tal desarrollo ha tenido lugar realmente en los diez años transcurridos desde la última edición. La Polonia Rusa, la del Congreso⁵⁹, ha pasado a ser una gran región industrial del Imperio Ruso. Mientras la gran industria rusa se halla dispersa — una parte se encuentra en la costa del golfo de Finlandia, otra en las provincias del centro (Moscú y Vladímir), otra en los litorales del Mar Negro y del Mar de Azov, etc. —, la industria polaca está concentrada en una extensión relativamente pequeña y goza de todas las ventajas e inconvenientes de tal concentración. Las ventajas las reconocen los fabricantes rusos, sus competidores, al reclamar aranceles protectores contra Polonia, a pesar de su ferviente deseo de rusificar a los polacos. Los inconvenientes — para los fabricantes polacos y para el gobierno ruso — residen en la rá-

59. La Polonia del Congreso: así se denominaba la parte de Polonia que bajo el nombre oficial del Reino de Polonia, pasó a Rusia según los acuerdos del Congreso de Viena, celebrado en 1814-1815.

pidan difusión de las ideas socialistas entre los obreros polacos y en la progresiva demanda del *Manifiesto*.

Pero el rápido desarrollo de la industria polaca, que sobrepasa al de la industria rusa, constituye a su vez una nueva prueba de la inagotable energía vital del pueblo polaco y una nueva garantía de su futuro renacimiento nacional. El resurgir de una Polonia independiente y fuerte es cuestión que interesa no sólo a los polacos, sino a todos nosotros. La sincera colaboración internacional de las naciones europeas sólo será posible cuando cada una de ellas sea completamente dueña de su propia casa. La revolución de 1848, que, al fin y a la postre, no llevó a los combatientes proletarios que luchaban bajo la bandera del proletariado más que a sacarle las castañas del fuego a la burguesía, ha llevado a cabo, por obra de sus albaceas testamentarios — Luis Bonaparte y Bismarck⁶⁰ —, la independencia de Italia, de Alemania y de Hungría. En cambio Polonia, que desde 1792 había hecho por la revolución más que esos tres países juntos, fue abandonada a su propia suerte en 1863, cuando sucumbía bajo el empuje de fuerzas rusas⁶¹ diez veces superiores. La nobleza polaca no fue capaz de defender ni de reconquistar su independencia; hoy por hoy, a la burguesía, la independencia de Polonia le es, cuando menos, indiferente. Sin embargo, para la colaboración armónica

60. Napoleón III (Luis Bonaparte) (1808-1873): sobrino de Napoleón I, presidente de la Segunda República (1848-1851) y emperador de Francia (1852-1870).

Bismarck, Otón Eduardo Leopoldo (1815-1898): estadista y diplomático de Prusia y Alemania. En su política exterior e interior se guiaba por los intereses de los junkers y la gran burguesía. Mediante guerras de rapiña y afortunados actos diplomáticos logró en 1871 reunificar a Alemania bajo la hegemonía de Prusia. Canciller del Imperio Alemán de 1871 a 1890. “La revolución de 1848, al igual que otras muchas anteriores a ella, ha tenido un destino bien extraño. Los mismos que las habían aplastado se convirtieron, como solía decir Marx, en sus albaceas testamentarios. Luis Napoleón se vio obligado a crear la Italia una e independiente. Bismarck tuvo que revolucionar Alemania a su manera y devolver a Hungría cierta independencia...” (Engels, prefacio a la edición inglesa de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*).

61. Se alude a la insurrección nacional-liberadora, iniciada en enero de 1863 en las provincias polacas que formaban parte del Imperio Ruso. Las tropas del zar reprimieron con crueldad. Los gobiernos de las potencias de Europa Occidental, en cuya intervención cifraban sus esperanzas los dirigentes de la insurrección, de tendencias conservadoras, no fueron más allá de gestiones diplomáticas traicionando de hecho a los sublevados.

de las naciones europeas, esta independencia es una necesidad. Y sólo podrá ser conquistada por el joven proletariado polaco. En manos de él, su destino está seguro, pues para los obreros del resto de Europa la independencia de Polonia es tan necesaria como para los propios obreros polacos.

F. Engels
Londres, 10 de febrero de 1892.

VI PREFACIO A LA EDICIÓN ITALIANA DE 1893

A los lectores italianos

La publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* coincidió, por decirlo así, con la jornada del 18 de marzo de 1848, con las revoluciones de Milán y de Berlín, que fueron las insurrecciones armadas de dos naciones que ocupan zonas centrales: la una en el continente europeo, la otra en el Mediterráneo; dos naciones que hasta entonces estaban debilitadas por el fraccionamiento de su territorio y por discordias intestinas que las hicieron caer bajo la dominación extranjera. Mientras Italia se hallaba subyugada por el emperador austríaco, el yugo que pesaba sobre Alemania — el del zar de todas las Rusias — no era menos real, si bien más indirecto. Las consecuencias del 18 de marzo de 1848 liberaron a Italia y a Alemania de este oprobio. Entre 1848 y 1871, las dos grandes naciones quedaron restablecidas y, de uno u otro modo, recobraron su independencia, y este hecho, como decía Carlos Marx, se debió a que los mismos personajes que aplastaron la revolución de 1848 fueron, a pesar suyo, sus albaceas testamentarios.

La revolución de 1848 había sido, en todas partes, obra de la clase obrera: ella había levantado las barricadas y ella había expuesto su vida. Pero fueron sólo los obreros de París quienes, al derribar el gobierno, tenían la intención bien precisa de acabar a la vez con todo el régimen burgués. Y aunque tenían ya conciencia del irreductible antagonismo que existe entre su propia clase y la burguesía, ni el progreso económico del país ni el desarrollo intelectual de las masas obreras francesas habían alcanzado aún el nivel que hubiese permitido llevar a cabo una reconstrucción social. He aquí por qué los frutos de la revolución fueron, al final, a parar a manos de la clase capitalista. En otros países, en Italia, en Alemania, en Austria, los obreros, desde el primer momento, no hicieron más que ayudar a la burguesía a conquistar el poder. Pero en ningún país la dominación de la burguesía es posible sin

la independencia nacional. Por eso, la revolución de 1848 debía conducir a la unidad y a la independencia de las naciones que hasta entonces no las habían conquistado: Italia, Alemania, Hungría. Polonia les seguirá. Así, pues, aunque la revolución de 1848 no fue una revolución socialista, desbrozó el camino y preparó el terreno para esta última. El régimen burgués, en virtud del vigoroso impulso que dio en todos los países al desarrollo de la gran industria, ha creado en el curso de los últimos cuarenta y cinco años un proletariado numeroso, fuerte y unido y ha producido así — para emplear la expresión del *Manifiesto* — a sus propios sepultureros. Sin restituir la independencia y la unidad de cada nación, no es posible realizar la unión internacional del proletariado ni la cooperación pacífica e inteligente de esas naciones para el logro de objetivos comunes. ¿Acaso es posible concebir la acción mancomunada e internacional de los obreros italianos, húngaros, alemanes, polacos y rusos en las condiciones políticas que existieron hasta 1848?

Esto quiere decir que los combates de 1848 no han pasado en vano; tampoco han pasado en vano los cuarenta y cinco años que nos separan de esa época revolucionaria. Sus frutos comienzan a madurar, y todo lo que yo deseo es que la publicación de esta traducción italiana sea un buen augurio para la victoria del proletariado italiano, como la publicación del original lo fue para la revolución internacional.

El *Manifiesto* rinde plena justicia a los servicios revolucionarios prestados por el capitalismo en el pasado. La primera nación capitalista fue Italia. Marca el fin del medioevo feudal y la aurora de la era capitalista contemporánea la figura gigantesca de un italiano, Dante, que es a la vez el último poeta de la Edad Media y el primero de los tiempos modernos. Ahora, como en 1300, comienza a despuntar una nueva era histórica. ¿Nos dará Italia al nuevo Dante que marque la hora del nacimiento de esta nueva era proletaria?

Federico Engels
Londres, 1 de febrero de 1893



Fundación Federico Engels

C/Hermanos del Moral 33, bajo • 28019 Madrid
Telf: 914 283 870 • Fax: 914 283 871
fundacion_federico@engels • www.engels.org

La Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels fue creada en 1987 con el objetivo de defender y difundir las ideas del marxismo revolucionario. Su actividad se centra en la publicación de materiales políticos que contribuyan a arrojar luz sobre los acontecimientos contemporáneos desde la óptica del socialismo científico, en un momento en que la ofensiva ideológica desatada contra las ideas socialistas exige un esfuerzo teórico y material por parte de todos aquellos que aspiramos a un cambio radical de la sociedad.

Haciéndote socio de la Fundación contribuyes a su sostenimiento económico, y favorecerás el desarrollo de sus actividades y publicaciones. Además recibirás los folletos que publicamos, nuestra revista de debate político MARXISMO HOY, un descuento del 10% en los libros de nuestro catálogo y tendrás toda la información sobre las actividades públicas de la Fundación.

No lo dudes. Colabora con la Fundación, apoya las ideas del marxismo.

HAZTE SOCIO DE LA FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS

Nombre y apellidos

Dirección

Localidad

Provincia DP

Teléfono E-mail

Se inscribe como socio de la Fundación Federico Engels con una cuota de:

- 30 euros/año 60 euros/año Otra cantidad _____ euros/año
(superior a 30 euros/año)

FORMA DE PAGO

Talón nominativo a nombre de la Fundación Federico Engels, enviándolo a nuestra dirección.

Transferencia bancaria a la c/c número 2038 - 1197 - 19 - 6000277153 de Caja Madrid.

MARXISMO HOY

Revista de debate político

- Número 1 A cien años de la muerte de Federico Engels
- Número 2 La Transición española, un análisis marxista
- Número 3 La Revolución española (1931-1939)
- Número 4 Una alternativa socialista a la Unión Europea
- Número 5 Lecciones de Chile. A 25 años del golpe militar
- Número 6 El nuevo orden mundial del imperialismo
- Número 7 Perspectivas para la economía mundial
- Número 8 .. León Trotsky. Su pensamiento más vigente que nunca
- Número 9 La Transición española, un análisis marxista
- Número 10 América Latina hacia la revolución
- Número 11 Antonio Gramsci y la revolución italiana
- Número 12 Portugal 1974. La Revolución de los Claveles
- Número 13 La Comuna Asturiana de 1934
- Número 14 El marxismo y la guerra
- Número 15 El materialismo dialéctico y la ciencia
- Número 16 China: de la revolución a la contrarrevolución
- Número 17 Venezuela. La lucha por el socialismo hoy

SUSCRÍBETE A MARXISMO HOY

FORMA DE PAGO

- Talón nominativo a nombre de la Fundación Federico Engels.
- Transferencia bancaria a la c/c número 6000277153 de Caja Madrid (Entidad 2038 / Sucursal 1197 / DC 19) a nombre de la Fundación.

	ESTADO ESPAÑOL	EUROPA	RESTO MUNDO
--	-----------------------	---------------	--------------------

Dos números	7,20 euros	10,25 euros	12 euros
-------------	------------	-------------	----------

Cuatro números	14,40 euros	18 euros	21,70 euros
----------------	-------------	----------	-------------

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO

El Manifiesto Comunista	<i>C. Marx y F. Engels</i>
El Estado y la revolución	<i>V.I. Lenin</i>
Las Tesis de Abril	<i>V.I. Lenin</i>
La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo	<i>V.I. Lenin</i>
Acerca de los sindicatos	<i>León Trotsky</i>
Reforma o revolución	<i>Rosa Luxemburgo</i>
Huelga de masas, partido y sindicato	<i>Rosa Luxemburgo</i>
Qué es el marxismo / Su moral y la nuestra	<i>León Trotsky</i>
Salario, precio y ganancia / Trabajo asalariado y capital	<i>Carlos Marx</i>
El 18 Brumario de Luis Bonaparte	<i>Carlos Marx</i>
La guerra civil en Francia	<i>Carlos Marx</i>
Crítica del programa de Gotha / Crítica del programa de Erfurt	<i>C. Marx / F. Engels</i>
Problemas de la vida cotidiana	<i>León Trotsky</i>
El Manifest Comunista (català)	<i>C. Marx / F. Engels</i>
Anarquismo y comunismo	<i>E. Preobrazhenski</i>
La crisis de la socialdemocracia	<i>Rosa Luxemburgo</i>
Contribución al problema de la vivienda	<i>F. Engels</i>
L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana	<i>F. Engels</i>
Introd. a 'Dialéctica de la naturaleza' (y otros)	<i>F. Engels</i>
La revolución proletaria y el renegado Kautsky	<i>V.I. Lenin</i>
Del socialismo utópico al socialismo científico	<i>F. Engels</i>
El imperialismo, fase superior del capitalismo	<i>V.I. Lenin</i>
El papel del individuo en la historia	<i>J. Plejánov</i>

La Fundación Federico Engels publica regularmente su catálogo de libros y documentos. En él puedes encontrar más de cien títulos de obras de los clásicos del marxismo, muchas de ellas descatalogadas.

Si estás interesado en recibirlo, escríbenos y te lo enviaremos gratuitamente; también puedes consultarlo en www.engels.org

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO



León Trotsky

- 1905
- ¿Adónde va Francia?
- El programa de transición
- Historia de la Revolución Rusa (2 volúmenes)
- La lucha contra el fascismo
- La revolución permanente

- La revolución española. 1930-39 (selección de escritos)
- La revolución traicionada
- Terrorismo y comunismo

Federico Engels

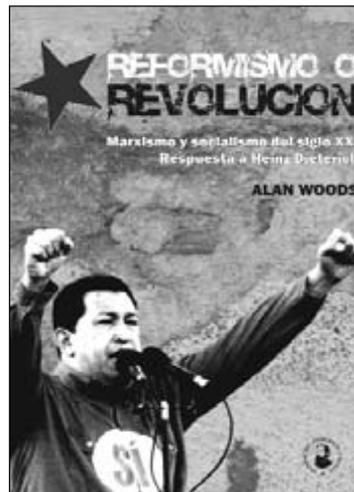
- El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado

CUADERNOS DE FORMACIÓN MARXISTA

1. Introducción al materialismo dialéctico.
2. La república soviética húngara de 1919. La revolución olvidada.
3. De noviembre a enero. La revolución alemana de 1918.
4. El marxismo y la religión.
5. El marxismo y el arte.
6. Breve historia del desarrollo capitalista y del movimiento obrero en Turquía.
7. Stalin: 50 años después de la muerte del tirano.
8. Ascenso y caída de Napoleón Bonaparte.
9. El Islam y EEUU, ¿amigos o enemigos? / El resurgir del fundamentalismo
10. El origen de los judíos
11. A 33 años de la Revolución Portuguesa. Lecciones para Venezuela

PVP 1,50 euros

COLECCIÓN CRÍTICA MARXISTA



- Razón y revolución.
Filosofía marxista y ciencia moderna *Alan Woods / Ted Grant*
- Rusia, de la revolución a la contrarrevolución *Ted Grant*
- Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente *A. Woods / T. Grant*
- Bolchevismo. El camino a la revolución *Alan Woods*
- La revolución bolivariana. Un análisis marxista *Alan Woods*
- Apuntes revolucionarios *Celia Hart*
- Euskal Herria y el socialismo.
Marxismo y cuestión nacional *Alan Woods / Eloy Val*
- En defensa de la Revolución de Octubre (*selecc. escritos*) *Varios autores*
- Reformismo o revolución. Marxismo y socialismo del siglo XXI
(Respuesta a Heinz Dieterich) *Alan Woods*



- Sindicato de Estudiantes.
20 años de historia,
20 años de lucha



- Obras de Ted Grant
Volumen I

COLECCIÓN MEMORIA OBRERA

- Rebelión obrera en Tejas y Ladrillos *José Martín*
- 3 de marzo. Una lucha inacabada *Arturo Val del Olmo*
- Carrier. Lecciones de una lucha *Felipe Palacios*
- El movimiento obrero en Guadalajara (1868-1939) *Enrique Alejandre*



EL MILITANTE es un periódico mensual elaborado por y para los trabajadores que colabora habitualmente con la Fundación Federico Engels en la defensa y difusión de las ideas del marxismo revolucionario. En torno a él se agrupa la corriente que defiende un programa marxista en el seno de las organizaciones de la clase obrera.

Conócelo en www.elmilitante.org

Puedes suscribirte enviando los siguientes datos

Nombre

Dirección

Localidad

Provincia CP

Teléfono E-mail

	ESTADO ESPAÑOL		RESTO DEL MUNDO	
	Normal	Ayuda	Normal	Ayuda
<input type="checkbox"/> 6 núm.	12 euros	23 euros	23 euros	35 euros
<input type="checkbox"/> 12 núm.	23 euros	35 euros	35 euros	47 euros

- Giro Postal al Apdo. de Correos 5.200 (28080 Madrid)
- Ingreso a nombre de la A.C. Debate Social, en la cuenta nº 0182 - 0975 - 51 - 0201540722 del BBVA

CONTACTA CON NOSOTROS

ANDALUCÍA

- Cádiz 651 812 328
- Córdoba 646 547 394
- Granada 633 109 549
- Huelva 629 234 423
- Málaga 952 276 563
- Sevilla 954 422 477

ASTURIAS 985 550 933

CASTILLA-LA MANCHA

- Guadalajara 949 201 025
- Puertollano 650 837 265
- Toledo 699 956 847

CASTILLA Y LEÓN

- Salamanca 653 699 755

CATALUNYA

- Barcelona 933 298 921
- Girona 657 212 367
- Tarragona 690 678 143

EUSKADI

- Álava 945 231 202
- Guipúzcoa 625 707 798
- Pamplona 695 630 997
- Vizcaya 944 790 381

GALICIA

- Coruña 600 810 516
- Ferrol 626 746 950
- Santiago 636 217 248
- Vigo 678 511 394

MADRID 914 280 248

MALLORCA 629 931 921

PAÍS VALENCIÀ 961 339 120

www.elmilitante.org — el-militante@elmilitante.org

